

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1871. — Tomo XXXVII.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 30. — N° 952.

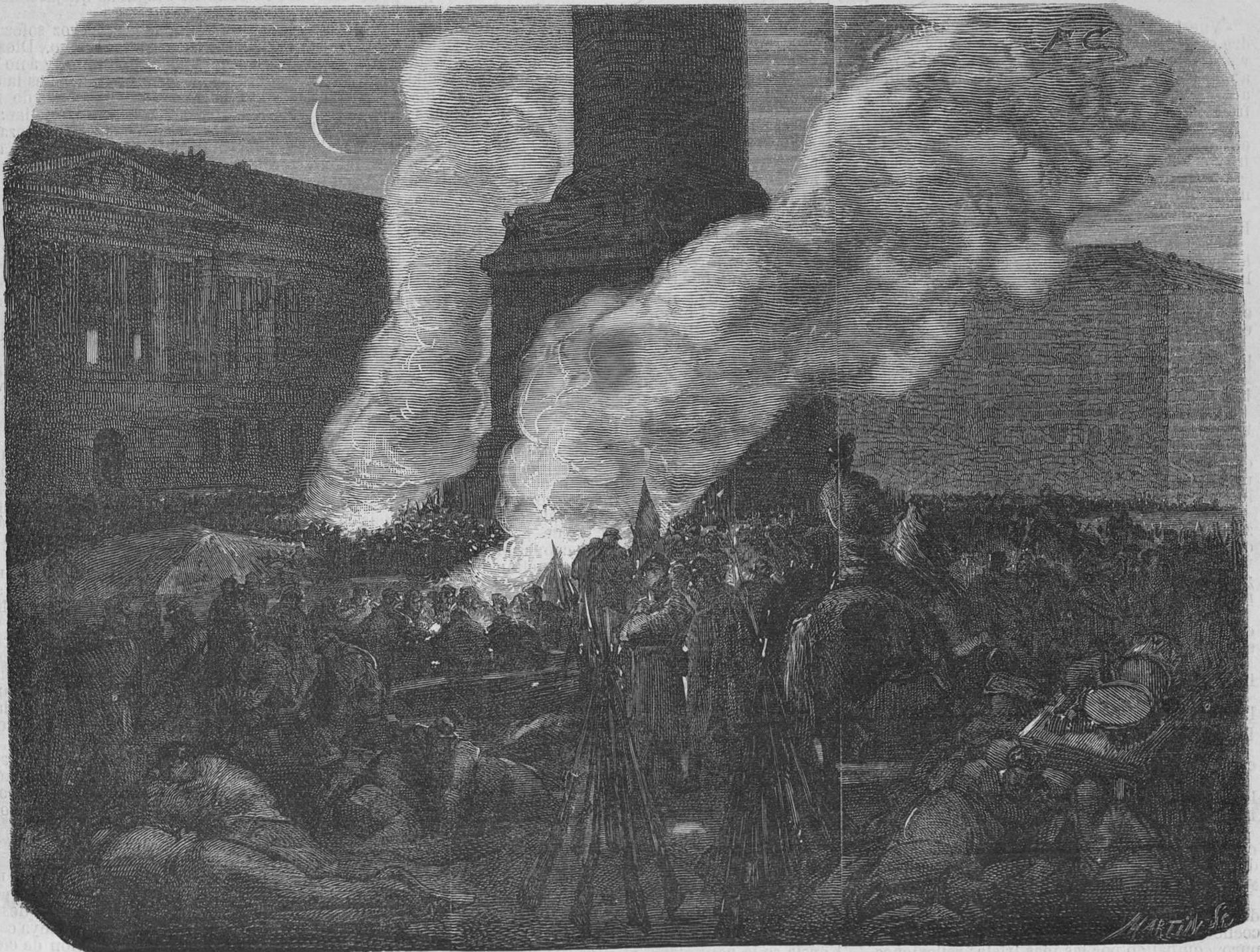
Administración general, passage Saulnier, número 4, en París.

SUMARIO.

El Bivac de la plaza Vendome; grabado. — Una historia del siglo XVII. — La Commune de París; grabado. — Plaza del Hotel de Villa: Tipos y fisonomías; grabados. — Revista

de París. — Poesía. — El artista del siglo XIV. — La inhumación de los cadáveres de las víctimas de la guerra; grabado. — Estado actual del puente de Vernon; grabado. — Las alturas de Chatillon; grabado. — Escenas de la vida inglesa.

— Una expedición á San Miguel del Fay. — Los internados franceses en Suiza; grabado. — Bernabé Rudge. — El séquito de un delegado; grabado. — Problemas de ajedrez; grabado. — Samson, artista del Teatro Francés; grabado.



El Bivac de la plaza Vendome.

El Bivac de la plaza Vendome.

La proclamación de la Commune ha hecho que París recobre inmediatamente el aspecto que ha tenido durante el sitio.

En primer lugar la emigración ha sido enorme. Ciertos barrios se han quedado casi desiertos. Hay quien dice que 400,000 personas han salido de París en estos días; ahora los países, que se exigen rigurosamente, han cortado la fuga.

Es una repetición de lo que pensábamos se había concluido. Llamada y generala de día y de noche; carruajes de ambulancia que marchan á las puertas; estafetas que cruzan las calles al galope; carteles que detienen á los transeúntes; vendedores de periódicos que gritan anunciando batallas: por todas partes la imagen de la guerra.

París está otra vez sobre las armas, y los tres puntos fortificados, los tres cuarteles generales de la guardia nacional son el Hotel de Villa, Montmartre y la plaza Vendome. Pero el Hotel de Villa y la plaza Vendome tienen en la actualidad mas importancia que Montmartre.

La plaza Vendome, que representa nuestro dibujo, ofrece la fisonomía de un campamento. A la hora de la llegada y salida de los batallones parece en verdad una plaza fuerte.

Para dar á nuestros lectores una idea del espíritu que anima al ejército de París, reproducimos este breve coloquio:

— Tenemos cañones; pero ¿habrá bastantes?

Un capitán responde:

— Si nos faltan los haremos con el bronce de esa columna y quizás acabaremos (con la guerra fundiendo la imagen del hombre que la ha introducido entre nosotros.

H. C.

Una historia del siglo XVII.

(Continuación. — Véase el N.º 951.)

«Vuestro hermano, mi hijo, escuchará á su madre, y yo me encargo no solo de poner término á vuestros males, sino de que obtengais el favor que ahora os rehusa... ó por mejor decir su ministro,» añadía la carta, pero Richelieu suprimió esta frase.

— Sí, conozco que esta carta es de mi madre, dijo el rey con despecho arrebatando el papel de las manos del cardenal y estrujándole entre las suyas.

— Princesa imprudente, exclamó Rubens, en un momento has destruido todas mis esperanzas.

— ¿Qué decís en vista de esto, hábil pintor? dijo Richelieu.

— Digo que la reina de Francia no tiene otro asilo en Colonia que una pobre casa que mi hospitalidad le ha proporcionado.

— Pues bien, S. M. le dá un magnífico palacio en Florencia y una renta suficiente para sostener el esplendor del nombre que lleva.

— Sí, tal es mi voluntad, dijo el rey volviendo las espaldas al artista.

— ¡Y morirá sin tener el consuelo de ver á su hijo! exclamó dolorosamente Rubens.

El rey turbado detuvo sus pasos, y el pintor continuó:

— En nombre de la Virgen Santísima, tened piedad de la que os ha llevado en su seno, que os vea un día, una hora, un solo momento y espirará luego tranquila.

— Maese Rubens, le interrumpió el cardenal lanzándole una mirada terrible, ¿con qué derecho queréis contrariar la voluntad del rey?

— Y á vos, contestó Rubens con una voz firme, ¿quién os le ha dado para contradecir la de una madre moribunda?

— Conteneos, replicó el ministro fuera de sí, clavando de nuevo los dientes en sus labios ya ensangrentados.

Rubens se sonrió con desprecio, y volviéndose hacía el rey le dijo:

— Pues lo queréis, solo llevaré á vuestra madre la sentencia de su muerte. Dios os proteja y os perdona.

Y saludando profundamente al rey, salió de la estancia.

Luis corrió hacia él para detenerlo, pero la voz le faltó, las fuerzas le abandonaron, y cayó en los brazos del cardenal.

— ¡Señor, no seáis débil! la bondad de vuestro corazón os hace tomar resoluciones de que tendríais que arrepentiros; distraeos, salid al campo, y desechad ideas melancólicas.

El rey, vuelto ya en sí, y apoyado en el brazo del ministro, descendió al gran patio, subió en el coche que tenía preparado, y salió á respirar el aire puro, combatido por las mas tristes reflexiones.

Richelieu se fué á extender la orden para que Rubens saliese de París al punto y mandó llamar al hermano José, venerable capuchino que obedeció presentándose al momento.

— Reverendo padre, le dijo el ministro, es preciso que partais sin pérdida de tiempo á Colonia, y no lo retardeis por falta de dinero ni caballos para llegar antes que el pintor Rubens. Allí está la reina madre, persuadidla que marche á Florencia, adonde le espera la munificencia y el perdón del rey, sé el ascendiente que sobre ella teneis. Si está enferma dadle los socorros espirituales, y hacéd que olvide toda clase de resentimientos.... marchad.

El capuchino cuya fisonomía impasible en nada se había alterado, hizo una reverencia y salió del aposento.

IV

Ni el monótono y estrepitoso ruido del carruaje, ni las voces y repetidos chasquidos de la fusta del conductor, eran bastantes á distraer por un momento, del profundo dolor en que yacía sumergida el alma lacerada de Pedro Rubens al alejarse de París: su generoso y noble corazón siempre acostumbrado á decidir las cuestiones mas graves y delicadas por el recto sendero de la virtud, acababa de chocar contra la astucia italiana y artificiosas estratagemas de Richelieu; mas aun le afligía la pusilánime cobardía de Luis XIII, pues no podía familiarizarse con la idea de que hubiera un rey que vacilase bajo el peso de su corona, permaneciendo tan débil ante los terribles deberes que Dios le confiara. ¡Desgraciada Francia! decía, ¡desgraciada Francia! gobernada por hombres que no quieren comprender que el Poder y la Justicia son una cosa misma, y que esta sublime emanación de la Divinidad pierde hasta las huellas de su celeste origen, desde el momento en que desborda los límites de la virtud. ¿Qué deben esperar los nobles y ciudadanos de unos hombres que atropellan los mas santos sentimientos y que con solo el objeto de entablar y hacer terrible su política insondable, rechaza con asombro hasta el amor maternal y los respetos de hijo? ¿Para gobernar los hombres es preciso despojarse de todo sentimiento? Reina desgraciada... ¿cuál será tu aflicción, y qué de lágrimas no ha de costarte cuando sepas que tu hijo no se atrevió á exterminar á un ministro tan altivo, que osó acusar... ¿Y á quien?... ¡á una reina madre!... ¡de haber asesinado á su esposo, y hecho envenenar á un hijo suyo!... y sin estremecerse, ni aun conmoverse siquiera... ¿pudo escuchar palabras tan infames con tan fria indiferencia? ¡Gracias, Dios mío... pues por tus soberanos juicios te plugo fuese pintor y no rey!... Alabo tu misericordia, porque te has dignado señalarme una vida laboriosa, mas tranquila, y en medio de goces domésticos me has mantenido en tu santo temor. ¡Gracias mil veces, señor... satisfecho estoy!... Luis XIII abandona á su anciana madre: sea yo, sí, quien apoye á la madre del rey de Francia, si ella me alargó una mano cuando solo era un joven pintor desconocido, sea mi brazo ahora quien la sostenga: tal vez vendrá á menos el patrimonio de mis hijos; pero ¿qué me importa?... ¿No será mejor que hereden un nombre sin tacha? Nadie dirá: Rubens fué un ingrato.

— Postillon, vivo, arrea esos caballos, pues me es forzoso que llegue cuanto antes á Colonia.

Con mucha frecuencia algun nuevo fracaso interrumpía la lenta marcha del carruaje; ya porque en las paradas nada se encontraba corriente, bien no encontrar caballos para relevar. No sucedía lo mismo al hermano José, que llevaba mucha delantera al de Rubens, aunque salió despues de París: hombres á la ligera preparaban con anticipación cuanto le era necesario: y la berlina con las armas del ministro, arrastrada por los seis mejores caballos de cada casa de postas, hacían que las instrucciones del lego capuchino fuesen la sola causa de la detención que aquella experimentaba; y á pesar de los reiterados esfuerzos del conductor y de Rubens, llegaron á Colonia con medio día de atraso á la del cauteloso emisario del cardenal. El primer cuidado del hermano fué dirigirse adonde ya de antemano sabia estaba la reina, no sin haber antes apeádose en una calle excusada á sus inmediaciones; apenas habria dado algunos pasos, cuando la pequeña y diforme criatura, á quien Maria de Médicis hemos visto prodigar tanto cariño, salió á su encuentro y con una mirada significativa le dijo lo siguiente:

— Ya estais servido... vuestras ordenes han sido ejecutadas... desde el tercer día de nuestra llegada aquí escamoteé todo el dinero que trajo el hijo de Rubens.

— ¿Y despues?

— Despues, la engañada vieja se puso á llorar como una niña, hubo entre todos consejo y se resolvió de sus resultas marcharse un criado á Amberes en busca de numerario; pero este criado era Belliny, y en vez de Amberes marchó á París; concluyo con que despues de dos semanas, que con ansia se le aguardaba, al ver su tardanza, el joven

Francisco ha tenido que tomar la resolución de marchar él mismo por dinero.

— ¿Y la reina?

— Con sus dos criadas... pero precisamente están enfermas, dijo el inmundito y asqueroso enano con un diabólico gesto, mostrando una pequeña redoma de plata, desabrochándose el pecho... la cereza de Flandes es tan mala que no les sienta y... están en cama; la reina para proveerlas de medicinas ha tenido que deshacerse de cuantas bagatelas le quedaban de algun valor, y yo hesido el encargado de su venta, y debeis creer que no habrá sido mucho lo que por ellas me han dado; de suerte que todos los recursos quedan agotados, sin quedarle otro que morir de hambre ó marchar á Florencia.

— ¡Bien... muy bien! ¡perfectamente!

— ¿Creeis que Su Eminencia debe estar satisfecha de mi celo?

— Sí.

— ¿Y la recompensa que se me ha ofrecido?

— La tendrás sin disputa; vas á ser el bufon del rey.

El enano al oírlo se sonrió con malicia.

— Ahora escuchame bien; vuelve adonde está la reina y díla que acabas de encontrarme, y que tú mismo me has enterado de que aquí estaba; que á la narración que me has hecho de su miseria he derramado lágrimas en abundancia, y que te sigo.

— Entiendo... me basta, dijo el enano contento por encontrar ocasión de ejecutar alguna diablura propia de su mala intención, ó forjar algun embuste.

Pocos momentos despues el hermano José estaba ya en la habitación de la reina. Seguramente que acostumbrado este ciego instrumento de Richelieu á ver con frialdad sardónica los sufrimientos ajenos, no pudo menos de causarle la mas profunda emoción la vista de Maria de Médicis, cubierta de miseria y arrodillada ante el hogar soplando con su boca unos humeantes tizones, las manos sucias de ceniza y sus ya canos cabellos cayendo en desorden sobre su frente humedecida de mugriento y ennegrecido sudor; fuéle á la infeliz preciso tardos y dolorosos esfuerzos para poderse incorporar y caer fatigada sobre un sitio que á sus espaldas estaba; en torno de ella se veían sus criadas en unos despedazados colchones, pálidas como la muerte, con lívidos y descarnados rostros, murmurando entre dientes algunas quejas mal articuladas.

— Padre José, dijo la reina con una voz sofocada y despues de haberle tendido una mano, Dios es quien os envia á mí en este momento; y á no ser así ya iba á dudar de su misericordia, pues la desesperación y la blasfemia estaban cerca de mí.

— Esas son ideas indignas de una cristiana, y Vuestra Majestad debe rechazarlas con firmeza.

— Hablais como quereis, padre José, pues que calándoos la capucha nada se os dá del mundo viviendo solo para Dios. ¿Pero yo que he sido reina de Francia y carezco de pan desde esta mañana, no notais la diferencia? ¿Sabeis que soy la hija de Francisco de Médicis y que no tengo para calentarme sino esa leña podrida que yo misma he recogido por la calle? ¿Ignorais que soy madre, que me hallo espirante, y que ninguno de mis hijos entonará en mi agonía al rededor de mi lecho preces al Eterno?

— Calmad vuestra desesperación, señora, pues que no corren riesgo vuestros días.

— Y aunque así fuera, si creéis que no apetezco la muerte, os engaños; no formo mas que un voto, solo una súplica dirijo á Dios, que su misericordia termine mis trabajos en la tierra.

— Escuchadme, señora, esos trabajos podrán tener un término sin que sea la muerte; días mas serenos tal vez os esperan embellecidos con la pompa real, y...

— ¡Oh! ¡Padre mío!... Callad, callad, no despertéis en mi corazón una esperanza que no realizándose podría costarme la vida. ¡Hijo mío! ¡Luis!... ¿qué por ventura Rubens llegó á conmover su corazón?... ¿Me perdona acaso? ¿Me ordena que me vaya con él? ¡Dios mío!... ¡Dios mío!... Si es esto lo que viene á anunciarme el padre José, bendito sea para siempre.

— Sin ser precisamente tan lisonjeras las noticias de que soy portador, deben seros agradables; este pliego que el guardian de mi convento ha recibido del cardenal Richelieu para que se os entregara, y que yo por orden suya iba á conducir á Bruselas, donde creía que estabais, podrá quizá... Dignese pues V. M. leerlo.

— ¡Una carta de Richelieu!... dijo la reina dejando escapar el pliego presentado por el capuchino; ¡de Richelieu y no de mi hijo!... ¡Oh! alguna cosa funesta debe encerrar!... Veamos, sin embargo, á todo estoy resuelta.

«Señora, la reina madre.—El buen deseo de mi dueño S. M. el rey Luis es de haceros entender, por la presente, que espera que V. M. escogerá desde hoy en adelante la ciudad de Florencia, á cuya condición consiente en pagaros una pensión de cien libras, encargándose además de solventar todas

vuestras deudas. Ruego entre tanto á Dios nuestro Señor conserve á V. M. en su santa y digna guarda.—Armando, cardenal de Richelieu.»

— Ya lo oís, padre José, dijo friamente la reina, cuya palidez se aumentaba por instantes, no se me cree aun bastante lejos de mi hijo; le era preciso al cardenal que yo sufriese, á mas del hambre y el destierro, la infamia y la vergüenza... ¡Sí, María de Médicis debe recibir de rodillas las limosnas de Armand Duplessis, lacayo que fué de su casa!.. Sí, la hija del gran duque de Toscana debe volver á la corte de su padre para hacer ver su miseria y ostentar el poder del cardenal. Por todo y último recurso me queda este anillo que recibí del rey Enrique IV el día de nuestro casamiento; Langely lo venderá y con su importe viviremos una semana mas; despues... como á una reina de Francia no le es lícito mendigar, me encerraré en este cuarto y moriré de necesidad.

— Desechad esos proyectos, señora, y ceded á los deseos del rey partiendo para Italia.

Por un violento movimiento, levantándose la reina, tuvo que volverse á sentar cual si fuese impelida por una fuerza irresistible diciendo con vehemencia:

— Yo me muero... Escuchad, padre mio mi confesion; oidme de rodillas y absolvedme... Siento un frio mortal que se apodera de mí, y fallezco sin remedio.

El hermano José retrocede con asombro, no encontrándose en el caso de ejercer una tan santa mision, y medio turbado la dice:

— No soy, señora, un sacerdote, sí un pobre lego, permitidme que vaya á buscar quien os confiese; descuidad, que ya vuelvo.

Fuese y muy pronto se le vió acompañado de un eclesiástico; quiso salirse, pero la reina lo llama diciéndole:

— Quedaos, mi confesion debe ser pública.

El sacerdote pronuncia las fórmulas sacramentales, en tanto que Maria arrobada se prepara.

— Padre mio, dijo con una voz lánguida y pausada, se me acusa de haber atentado á los dias de mi esposo, y es una calumnia; tambien me atribuyen el haber querido envenenar á mi hijo; falso tambien; tomo por testigo á ese Dios ante el que voy á comparecer bien pronto; he sido débil dejándome arrastrar de mis pasiones, pero nunca he cometido crimen indigno de mi nombre ni de la corona que he llevado... Mis últimos pensamientos son por mi hija á cuya dicha hubiera sacrificado gustosa mi reposo y existencia; por mi querido hijo á quien bendigo.

— ¿Perdonais de corazon á vuestros enemigos todos?

La italiana Maria incorporándose sobre su almohada con los ojos centellantes pareció querer hacer un esfuerzo sobre sí misma, y repitió:

— A todos mis enemigos.

— ¿Aunque sea el cardenal? dijo el padre José.

— Al cardenal mismo. Dios le perdone como yo lo hago.

— Pues bien, en señal de reconciliacion enviadle esa tumbaga, de que hablábais hacepoco y que veo en vuestro dedo.

— ¡Ah! esto es ya demasiado, dijo la reina.

En cuyo tiempo se oyó la silla de Rubens que se paraba en la puerta; entra precipitadamente el pintor, y á la vista de la reina moribunda se arrodilla conmovido.

— ¡Oh Dios mio! debía ser así como yo debía de encontraros, señora. Pero... descuidad, que pronto esta miseria espantosa va á cesar; de vuelta de Amberes mi hijo Francisco que acabo de ver á la entrada de esta casa, me lo ha dicho todo; todo, todo ha sido obra de Richelieu; estais rodeada de sus espiones, todo lo que habeis sufrido lo debeis á ese miserable indigno de la púrpura que lleva.

(Se continuará.)

La Commune de Paris.

PROCLAMACION EN LA PLAZA DEL HOTEL DE VILLA DE LOS RESULTADOS DEL ESCRUTINIO DEL 26 DE MARZO.

La proclamacion de los resultados del voto comunal tuvo efecto el 28 á las cuatro de la tarde con gran solemnidad.

La muchedumbre era inmensa.

A las cuatro, los miembros del Comité central aparecen los unos de frac negro y corbata blanca, los otros de uniforme de la guardia nacional, y todos con faja encarnada.

Un miembro del Comité lee el resultado de las elecciones, que es el siguiente:

PRIMER DISTRITO (Louvre).

— 4 consejeros. —

Adam.....	7.272
Méline.....	7.251
Rochard.....	6.629
Barré.....	6.294

SEGUNDO DISTRITO (Bolsa).

— 4 consejeros. —

Breslay.....	7.025
Loyseau-Pinson.....	6.962
Tirard.....	6.391
Chéron.....	6.066

TERCER DISTRITO.

— 5 consejeros. —

Demay.....	8.730
Arnaud.....	8.679
Pindy.....	7.816
Cleray.....	6.115
Clov. Dupont.....	5.661

CUARTO DISTRITO.

— 5 consejeros. —

Lefrançais.....	8.619
Arthur Arnould.....	8.608
Clémence.....	8.163
Gérardin.....	8.154
Amouroux.....	8.150

QUINTO DISTRITO (Panteon).

— 5 consejeros. —

Régère.....	4.026
Jourde.....	3.949
Tridon.....	3.948
Blanche.....	3.271
Ledroit.....	3.236

SEXTO DISTRITO (San Sulpicio).

— 5 consejeros. —

Albert Leroy.....	5.800
Goupil.....	5.111
Docteur Robinet.....	3.904
Beslay.....	3.614
Varlin.....	3.602

SÉTIMO DISTRITO.

— 5 consejeros. —

Docteur Parisel.....	3.367
Ernest Lefèvre.....	2.859
Urbain.....	2.803
Brunel.....	1.947
Ribeaucourt.....	1.344

OCTAVO DISTRITO.

— 4 consejeros. —

Raoul Rigault.....	2.175
Vaillant.....	2.145
Arthur Arnould.....	2.114
Jules Allix.....	2.028

NOVENO DISTRITO.

— 5 consejeros. —

Ranc.....	8.950
Ulysse Parent.....	4.770
Desmarest.....	4.232
Charles Ferry.....	3.732
Nast.....	3.691

DÉCIMO DISTRITO.

— 6 consejeros. —

Félix Pyat.....	11.813
Fortuné Henri.....	11.354
Champy.....	11.042
Babick.....	10.738
Gambon.....	10.734
Rastoul.....	10.325

UNDÉCIMO DISTRITO.

— 7 consejeros. —

Mortier.....	19.397
Delescluze.....	18.379
Protot.....	18.062
Assi.....	18.041
Eudes.....	17.392
Avrial.....	16.193
Verdure.....	15.65"

DUODÉCIMO DISTRITO.

— 4 consejeros. —

Varlin.....	2.312
Fruneau.....	2.173
Géresme.....	2.194
Theisz.....	2.150

DÉCIMO TERCIO DISTRITO.

— 4 consejeros. —

Melliet.....	6.664
Duval.....	6.630
Chardon.....	4.761
Frankel.....	4.520

DÉCIMO CUARTO DISTRITO.

— 3 consejeros. —

Billioray.....	6.100
Martelet.....	5.927
Descamps.....	5.830

DÉCIMO QUINTO DISTRITO.

— 3 consejeros. —

Clément.....	5.025
J. Vallès.....	4.403
Langevin.....	2.417

DÉCIMO SEXTO DISTRITO.

— 2 consejeros. —

Docteur Marmottan.....	2.675
De Bouteiller.....	1.949

DÉCIMO SÉTIMO DISTRITO.

— 5 consejeros. —

Varlin.....	9.356
Clément.....	7.121
Gérardin.....	6.142
Chalain.....	4.545
Malon.....	4.199

DÉCIMO OCTAVO DISTRITO.

— 7 consejeros. —

Blanqui.....	14.950
Theisz.....	14.950
Dereure.....	14.661
J.-B Clément.....	14.188
Th. Ferré.....	13.784
Vermorel.....	13.784
Paschal Grousset.....	13.359

DÉCIMO NONO DISTRITO.

— 10 consejeros. —

Oudet.....	10.065
Puget.....	9.547
Cournet.....	5.540
Delescluze.....	5.846
Ostyn.....	5.065
Miot.....	5.520
Flourens.....	4.100
Henry.....	4.084
Pilliou.....	3.860
Canal.....	3.622

VIGÉSIMO DISTRITO.

— 4 consejeros. —

Ranvier.....	14.127
Bergeret.....	14.003
Flourens.....	13.498
Blanqui.....	13.338



COMMUNE DE PARIS. — Proclamacion en la plaza del Hotel de Villa de los resultados del escrutinio del 26 de marzo.

El número de votantes ha sido de 158,000 sobre 500,000 electores.
 Después de la lectura se pronunciaron dos discursos muy aplaudidos.
 En el intervalo de los discursos las músicas de los batallones tocan la *Marsellesa* y el *Chant du Depart*.
 Terminados los discursos, el presidente declara que está proclamada la Commune.

R. S.



Guardia republicana.

Plaza del Hotel de Villa.

TIPOS Y FISONOMÍAS.

Después de haber atravesado la barricada que corta la calle de Rívoli, nos encontramos en la plaza del Hotel de Villa que presenta el espectáculo mas animado y pintoresco.

Una hilera de cañones, casi todos de á 7, rodea el monumento, y los artilleros vigilan á su pié é impiden que se aproxime la gente.

Aquí es donde puede estudiarse al guardia nacional en todas sus actitudes tan variadas como imprevistas.

Primeramente diremos que las vivanderas abundan; pero no es ya la clásica vivandera con el modesto sombrero de hule caído sobre los ojos y el pantalón de ban-



Vivanderas.

da encarnada; hoy disfruta de toda libertad en punto á uniforme. Una hemos visto que llevaba en la cabeza la gorra que usaban los soldados del ejército de Italia en la primera República, con chaleco de solapas encarnadas y botas de campana. Otra, sin embargo, tomaba su papel por lo serio, puesto que estaba armada con un fusil. El sombrero de fieltro negro con pluma de gallo y la cartuchera, la daban un aire belicoso, muy propio de las circunstancias del día. Cada vez que sirve una copa, dice al ciudadano:

— ¡A la salud de la Commune!

Otro tipo no menos teatral es el de los jinetes llamados guardias republicanos.

Vestidos de encarnado, parecen Mefistófeles con las gorras adornadas de plumas y sus dolmans bordados de trencilla.

Montan en caballos de toda clase, de tiro y de silla; un caballo de fabricante de cerveza trotaba pesadamente al lado de un caballo de fiacre.

Las estafetas llevan, probablemente como señal particular, una



Estafetas republicanas

cola de caballo parecida á la de los cascos de dragon ajustada por detrás de la gorra, lo que les da á lo lejos un aire chinesco, sea dicho sin ofensa.

Los voluntarios garibaldinos contribuyen y no poco á variar el cuadro que describimos.

Algunos hemos visto con el sombrerito de pifferare con plumas de pavo real, la capita de cazador á la Fradiavolo, gorra de terciopelo y boreceguías.

Señas particulares: un par de pistolas de arzon en el cinto; la famosa pistola de donde rara vez sale el tiro.

Pero el tipo mas interesante seguramente, es el del guardia nacional entusiasta de la Commune. Metido en un ancho capote, se ve que desempeña con ahinco sus funciones. Nada le falta al uniforme y el equipo es completo: por un lado la cantimplora llena de provisiones y por otra el vaso de hojalata; el cinturon, un tanto flojo, sostiene mal la cartuchera de cuero atestada de cartuchos, lo que le da por momentos siluetas singulares.

Una manta verde ó gris com-



Artilleros,

Guardias nacionales.

Francos-tiradores, garibaldinos y soldados adictos a la Commune.

pleta el aspecto. No hablaremos del kepi, que afecta las formas más extrañas. Las lluvias y el sol han producido en él un efecto deplorable.

A. D.

Revista de Paris.

Hoy jueves 13 de abril llevamos doce días seguidos de lucha fratricida á las puertas de Paris, con raras intermitencias de algunas horas de descanso consagradas ordinariamente á reforzar los medios de acción, no á enterrar las víctimas, pues en este combate cruel no se tienen los adversarios ni siquiera aquellas consideraciones y miramientos que se tenían cuando se hacía la guerra entre franceses y extranjeros. Paris vive en el estupor, apenas sin darse cuenta de lo que sucede. El cañon resuena de día y de noche, á veces mezclado con el ruido de la fusilería y el estridente estampido de las ametralladoras. Hay horas verdaderamente horribles. La noche del martes al miércoles el fragor de la batalla tomó una intensidad que no ha tenido nunca en los momentos más terribles del sitio. Era el primer ataque formal que las tropas de Versalles daban á los guardias nacionales de la Commune.

Hacia cuarenta y ocho horas que lo mismo en la parte del Sur que en la del Oeste, se esperaba una vigorosa acometida. Las tropas de Versalles avanzaban, establecían baterías formidables, y al amparo de sus cañones, que vomitaban proyectiles incesantemente, se preparaban al asalto.

Los parisienses por su parte, no se descuidaban, y principalmente en la región del Sur hacían también sus preparativos para contrarrestar la acción de los agresores.

Con efecto, las baterías de los fuertes de Issy y de Vanves no bastaban, y los federados se adelantaron hasta las trincheras, que fueron armadas con ametralladoras del sistema americano.

Pasó la tarde sin que las tropas de Versalles se pusieran en movimiento; pero á eso de las ocho se notaron tres señales que hicieron en Meudon y al punto, por tres caminos diferentes, comenzaron á avanzar tres columnas hacia el fuerte de Issy.

Las tres columnas se reunieron formando como una masa compacta, y entonces comenzaron las descargas de fusilería y de ametralladoras con que no contaban los soldados de Versalles.

Sin embargo, no se arredraron ante el fuego mortífero, lejos de eso, tres veces consecutivas trataron de avanzar en dirección al fuerte, del que las separaba una corta distancia.

El cañon del fuerte estaba silencioso, porque no podía tomar parte en la lucha sin perjuicio de los guardias nacionales.

Más inmediatamente que se pronunció el movimiento de retirada de las tropas, la artillería comenzó á tronar con una violencia extraordinaria de todas las posiciones.

Issy tiraba de flanco contra las tropas que se encaminaban al fuerte de Vanves, y de las alturas de Chatillon descargaban contra Vanves é Issy, en tanto que el fuerte de Montrouge impedía que de Bagneux se destacaran refuerzos.

Este combate de artillería tan nutrido, tan formidable, fué el que tuvo en vela á la población de Paris en la noche del martes al miércoles.

La acción se había acabado; las tropas de Versalles volvían á sus posiciones, y la guardia nacional descansaba de tan rudo ataque.

Los que vieron el campo de batalla dicen que presentaba el más lúgubre aspecto.

El tiempo estaba claro: la luz de la luna bañaba con sus pálidos rayos aquella escena de horror y de matanza.

Los gritos de los heridos se oían en los raros intervalos que dejaban las descargas de la artillería.

El suelo estaba sembrado de cadáveres y de moribundos. Dicese que solo los guardias nacionales que defendían el fuerte de Issy gastaron aquella noche 160,000 cartuchos.

Así se considera que las pérdidas del ejército han debido ser grandes, en tanto que las de la guardia nacional, que combatía detrás de la trinchera y de los fuertes, son muy pocas.

Por ambas partes el encarnizamiento en la lucha ha sido igual. ¡Triste privilegio que tienen las guerras civiles de exacerbar hasta ese punto á hombres que son hermanos!

Al otro día uno de los batallones que habían combatido entraba en Paris con su bandera roja acibillada á balazos. Los soldados ciudadanos, con ramos de lilas en los fusiles, celebraban su triunfo con aclamaciones á la República.

Por la parte Oeste no ha habido asalto; pero sí una serie de combates que continúan aun, acompañados de un bombardeo constante que el Monte Valeriano dirige sobre la puerta Maillot, llegando algunos de sus proyectiles á los Campos Elíseos y á los barrios comprendidos en esa zona,

El domingo último, domingo de Pascua, nos dirigimos por ese asombroso paseo, una de las maravillas de la capital, hacia el arco de Triunfo que es, como si dijéramos, el centro de ese campo de batalla.

Las bombas llovían continuamente á la otra parte del arco, sobre las casas de la avenida, haciendo víctimas inocentes de estas discordias civiles.

Algunos grupos de gente aquí y acullá observaban el fatal tiroteo, oyendo las explosiones que tan frecuentemente se sucedían.

Todo tenía un aire triste y desolado.

Apenas de tiempo en tiempo un humilde coche de alquiler con algun herido, un omnibus cargado de provisiones surcaban la calzada que otros años en ese mismo día, estaba atestada de brillantes carruajes en dirección al bosque de Boulogne.

Los cafés cerrados, todo movimiento suspendido, un silencio sepulcral á las cinco de la tarde, interrumpido solo por las detonaciones de los morteros y las explosiones de los proyectiles que arrojaban.

¡Triste cuadro!

Créese que el objetivo principal de las tropas de Versalles es la puerta Maillot, batida continuamente por los fuegos del Monte Valeriano; pero hasta ahora no se ha intentado el asalto que acaba de darse á los fuertes del Sur.

Sin embargo, no por esto dejan de combatir en aquellos contornos.

Y ¡qué combates! Las casas de Neuilly se toman una por una después de un sitio en regla; se baten dentro de las habitaciones, abriendo brechas en las paredes y en las techumbres, con todo el encarnizamiento de las luchas desesperadas.

La pelea más formal que ha habido hasta hoy por esa parte tuvo lugar en la mañana de ayer miércoles.

Tratábase de un movimiento adelante desde Courbevoise, y en la madrugada se inició un ataque por los gendarmes, que no dió resultado. Las tropas de Versalles tenían en su poder la isla de la Grande Jatte, y la guardia nacional, que comprendió la desventaja de esta posición, estableció sus baterías contra los tres puentes de la isla, é hizo muy difícil la retirada á sus enemigos.

En resumen, á la hora en que escribimos las ventajas parecen del lado de la Commune. Las tropas de Versalles, lejos de avanzar, han perdido terreno, pues habiendo tomado ya á Neuilly, han debido abandonarle, así como Asnières, puntos avanzados importantes para la continuación de las operaciones contra las murallas parisienses.

Privados como nos hallamos de toda comunicación regular con el exterior, no podemos decir á nuestros lectores cuáles son los medios de acción con que cuenta el gobierno de Versalles en derredor de Paris; seguramente serán considerables, pero no son menores los de la Commune, dispuesta, como lo está, á proseguir esta horrible lucha hasta el último extremo.

No hay duda que el punto más vulnerable es la muralla por el lado del bosque de Boulogne, en razón á que las tropas de Versalles están en posesión del Monte Valeriano que domina toda esa zona; más naturalmente, los parisienses acumulan también las defensas en toda esa parte del recinto.

En las alturas del Trocadero acaban de instalar una batería de piezas de á 24 contra el Monte Valeriano, y cada día añaden nuevas baterías en la muralla.

Dicese que los cañones y las ametralladoras tienen en la actualidad posiciones tan ventajosas y tan próximas, que las murallas pueden burlarse de toda tentativa de asalto en la que no se quieran sacrificar treinta ó cuarenta mil hombres.

En el arco de Triunfo van á poner en posición piezas de á 24 de marina; y por último, detrás del recinto van á construir barricadas.

En principio la Commune había decidido que se levantarán barricadas en todo Paris á fin de completar el sistema de defensa; pero antes de pasar á la ejecución de esta medida extrema, ha querido oír á una comisión nombrada al intento para que examine cuáles son los medios mejores de llevar á cabo la idea.

Esta comisión ha celebrado su primera sesión ayer 12, y por el extracto que tenemos á la vista podemos conocer el plan de las barricadas.

En primer lugar se destruirán las que hoy existen, en razón á que han sido construidas para otra clase de guerra que la que hoy amenaza, y principalmente porque se componen de piedras del empedrado ó adoquines y serían muy peligrosas para los defensores si las atacara la artillería, por causa de los cascotes que harían las balas.

La comisión examinó sucesivamente el sistema de defensa que debe adoptarse en los diversos barrios de la ciudad, y decidió que el delegado de cada distrito recibirá el plan de su barrio y le pondrá en ejecución, mediante la comisión municipal.

Las barricadas se formarán en dos líneas en toda la porción expuesta á los ataques de las tropas de Versalles, líneas que se extenderán en todo el circuito de Paris.

Seguidamente la comisión decide la forma y las dimensiones de dos tipos de barricadas, uno para las grandes vías de comunicación y otro para las calles estrechas,

Las barricadas se harán de tierra, con un foso de 2 metros de profundidad por el lado del enemigo, y otro foso más pequeño, de 50 á 80 centímetros de profundidad por el lado interior.

El ciudadano Gaillard propone que se corten las alcantarillas en el foso y se minen en favor de la barricada; y para fundar su opinión dice que las barricadas están destinadas principalmente á demostrar al enemigo y á la población que para tomar á Paris será preciso destruirle casa por casa. Así pues, se deben acumular en las barricadas los medios de defensa más propios para obrar sobre el moral del enemigo, aunque no es probable que sirvan, pues el ataque no tendrá la energía de llegar hasta ahí, y esa organización evitará la traición y las sorpresas.

Resumiendo las resoluciones de la comisión diremos: que se levantarán barricadas en los lugares correspondientes con arreglo á un tipo cuya forma y dimensiones nos parece inútil trazar aquí; y que en el fondo y á los lados de las alcantarillas que, como es sabido, forman un Paris subterráneo, se cargarán minas con 100 kilogramos de pólvora.

En presencia de estos preparativos que anuncian por parte de la Commune, la intención de resistir hasta la extremidad de convertir á Paris en un montón de ruinas, la población se pregunta con ansiedad si no se da paso alguno para obtener una base de conciliación que haga caer de las manos las armas que nos amenazan con semejante lucha.

Los pasos se han dado en verdad; más desgraciadamente, su resultado ha sido negativo.

Con el nombre de *Liga de unión republicana de los derechos de Paris* se había formado una comisión conciliadora que después de haber redactado y publicado su programa, nombró una delegación que se trasladó á Versalles para entenderse con el jefe del poder ejecutivo.

Los puntos esenciales del programa eran los siguientes:

Paris elige su consejo comunal que entenderá exclusivamente en el presupuesto de la ciudad, la policía, la asistencia pública ó beneficencia, la enseñanza y la garantía de la libertad de conciencia.

No habrá más ejército en Paris que la guardia nacional, compuesta de todos los electores válidos.

La guardia nacional elegirá sus jefes y su plana mayor, siguiendo el reglamento del consejo comunal, de tal manera, que la autoridad militar se halle subordinada siempre á la autoridad civil.

Paris contribuirá con su parte á los gastos generales de la Francia y con su contingente en caso de guerra nacional.

El ejército regular no entrará nunca en Paris y tendrá una demarcación fuera de los muros que no podrá salvar en ningún caso.

Por último, Paris elegirá sus funcionarios y sus magistrados.

¿Cuál ha sido la contestación de M. Thiers á este programa?

M. Thiers principió por decir á los delegados, que siendo jefe del único gobierno legal existente en Francia, no tenía que discutir bases de ninguna especie; pero que sí estaba dispuesto á hablar con los representantes del principio republicano.

En la conferencia que siguió á esta declaración, M. Thiers dijo que mientras él estuviera en el poder no caería la República; en cuanto á las franquicias municipales, manifestó que Paris disfrutaría de las que concediera la Asamblea á todas las ciudades, ni una más ni una menos; y por lo que toca á la guardia nacional, expuso que sería sometida á una reorganización, y que él no podía admitir el principio de la exclusión absoluta del ejército en los muros de Paris.

Hé aquí resueltos los puntos principales.

En el curso de la conferencia M. Thiers añadió: que como no reconocía á los parisienses la cualidad de beligerantes no podía tratar de un armisticio; pero que se perdonaría á todo el que dejase la actitud hostil, excepto á los asesinos de los generales Lecomte y Clemente Thomas que serán juzgados si se llega á descubrirlos.

Las esperanzas que se habían fundado en la delegación que, animada de evitar la efusión de sangre, había tomado la escabrosa tarea de intervenir entre los contendientes, han quedado, pues, completamente desvanecidas. No hay armonía posible. La lucha se prolongará hasta un extremo á que no se llevó contra los prusianos, porque por ambas partes se muestra la misma tenacidad, igual encarnizamiento. Si debe ser así, los días que nos esperan son tristes. Ya se cortan los ferro-carriles; las tropas de Versalles se fortifican en las antiguas posiciones de los prusianos, nos amenaza otro asedio con provisiones muy escasas, y estando dominado Paris por un partido que no retrocederá: en vano se buscaría en toda la historia de esta capital una situación más llena de horribles peligros.

MARIANO URRABIETA.

Poesía.

IMITACION DE JORGE MANRIQUE.

FRAGMENTO.

Resonando están los cánticos
En el castillo cercano
De dolor,
Sus habitantes tétricos
Miran á su castellano
Con payor.

Porque ayer con grito unánime
Dueño y señor le aclamaron
Del confin,
Y hoy á su poder efímero
Otro señor que olvidaron
Puso fin.

Donde ayer en fiestas plácidas
Le vieron dulce, amoroso,
Suspirar,
Le ven tendido en un féretro
Hoy, en eternal reposo
Descansar.

Tiene el labio yerto y lívido,
Yertas también las mejillas
¡Infeliz!...
Mas dura la leve púrpura
De las ledas florecillas
Y el matiz.

Que dura el contento y júbilo
En el pecho desgraciado
Del mortal,
Tras el gozo viene rápido,
El desvelo y el cuidado
U otro mal.

¡Que todo en la vida mísera
Eterna aunque pasajera
Es penar!...
¿Qué importa? la muerte pálida
Viene á todos justiciera
A igualar.

¿Dó fué tanta vírgen tímida,
Dó sus ansiados favores,
Dó el primor,
De sus perfecciones célicas
Sus ojos abrasadores
Y su amor?

¿Dó los guerreros intrépidos
Que nos cuentan las historias,
Y su afan?
¿Dó están sus hazañas bélicas,
Sus repetidas victorias
Dónde están?

¿Dó los trovadores célebres
Que hechizaban con su canto
Y su laud,
Dó sus acentos armónicos
Por quien vertió místico llanto
La virtud?

Responden las tumbas fúnebres:
¡Aquí yacen sus despojos,
Aquí están!
Copioso raudal de lágrimas
Brotó de mis tristes ojos...
¡Cesarán!...

MORAN.

El artista del siglo XIV.

I.

Erase un día que un hombre paseaba por delante de la fachada de la catedral de Estrasburgo, aun no acabada en aquel tiempo, y después de haber rondado largo tiempo al rededor de aquel sublime edificio, se sentó sobre uno de los trozos de piedra que obstruían el paso de la estrecha plaza. Cubría este hombre su cabeza con una enorme capucha de paño escarlata: cruzó los brazos y se quedó inmóvil como petrificado sobre su duro asiento.

— ¡Ah! esta basílica pasará de siglo en siglo y asombrará con su majestuoso aspecto á las generaciones venideras, decía el hombre de la capucha. Cuán lisonjero sería grabar en ella su nombre, cuán glorioso completar la obra de piedra con una obra de mecánica y de ciencia.

Esto decía y la noche cerraba cada vez mas, y él seguía inmóvil sentado sobre aquella tosea piedra.

— ¡Hola! exclamó de repente el sargento de la guardia urbana, ¿qué haceis ahí á estas horas? ¿ignoras acaso, perillan, que han tocado ya á la queda, y que solo los truanes, rateros ó espíritus diabólicos andan á estas horas por las calles?...

Y el hombre fué conducido á un calabozo de la cárcel de la casa de la Ciudad.

— ¿Qué te ha traído á Estrasburgo?... le preguntaba al día siguiente el *Stlemeister*.

— Una obra para mayor gloria del Señor.

— ¿Qué obra, forastero?

— Quiero medir la marcha del sol, de la luna y de los planetas. Quiero que una armonía desconocida diga al hombre los pasos que dá hácia la tumba. Quiero que la imágen de la Virgen Santa, patrona de esta ciudad, esté siempre presente á la vista de todos sus habitantes. Yo quiero...

— Basta, le interrumpió bruscamente el *Stlemeister*... ¿cuál es esa obra que has soñado sin duda?...

— Un reló.

— Pues bien, sea. ¿Tu nombre?

— En Oriente me llaman Ben-Al-Benzar, en Alemania soy conocido por Jhean Boërnave.

— Pues bien, sea también maese Jhean. ¿Quieres oro?

— El oro no paga la ciencia. Solo pido... solo exijo un favor. Quiero que mi nombre sea grabado en una lápida de metal en medio de la gran fachada de la catedral.

— Tu nombre será grabado.

Cosa maravillosa era en el siglo XIV un reló. Solo los árabes lo conocían. El primer reló que se vió en Europa fué el que regaló un rey de Oriente á un rey de Francia. Júzguese, pues, cuál sería la admiración que causaría al *Stlemeister* la proposición del matemático.

II.

Al día siguiente ya había empezado Jhean Boërnave su obra, y cinco años pasaron sin que levantase mano de ella. Pero llegó un día en que Jhean se presentó al *ameister-regente* diciéndole:

— El reló está pronto.

El *magistrado* quiso asistir á la inauguración de la obra de la ciencia: señala la mañana de un hermoso día de julio.

El arte en los siglos XIII, XIV, XV y XVI, era cosa prodigiosa; sobre todo hablaba á los ojos: tenía símbolos que el pueblo comprendía y que aplicaba á todo, y desempeñaba una misión verdaderamente social. Y el arte era así, porque tenía fe en sí mismo, fe en el porvenir, fe en la gloria. En el día, encerrado en las consecuencias de la arquitectura griega enteramente positiva, ha sacudido aquel carácter ideal que le dió tanta fuerza en la edad media. Además, aquel inmenso deseo de gloria que animaba á los mecánicos, á los artistas de entonces, podremos encontrarlo en los del día, entre estos hombres aislados sin un pensamiento comun.

Jhean Boërnave en presencia del *magistrado*, de un pueblo entero, ha tocado el resorte del ingenioso mecanismo, y el reló ha empezado á andar; se vieron llegar los tres reyes magos que se prosternaron á los piés de la madre del Salvador, y se oyó cantar el gallo, y se oyó una celeste música de ángeles y de serafines, y maese Jhean se presentó él mismo en la pequeña galería, encima de los cuadrantes que representaban los doce signos del Zodiaco y el movimiento periódico de la luna, y maese Jhean fué saludado con las aclamaciones unánimes de la multitud. Entre estos cuadrantes había una lámina de metal en la que se leía en letras de plata estas palabras:

Jhean Boërnave.

Y en caracteres árabes:

Ben-Al-Benzar.

Entonces el ayuntamiento vino á buscar á Boërnave para conducirlo á un banquete espléndido.

III.

Los vapores del vino de Hungría exaltan su cabeza, su razón se ofusca y tiene la imprudencia de responder á sus comensales.

— ¿Preguntáis, amigos míos, si existe bajo el cielo un matemático capaz de ejecutar un trabajo mas maravilloso que el que acabo de ejecutar para embellecer vuestra catedral?... solo uno existe en la tierra.

— ¿Quién es ese?

— El que teneis en vuestra presencia.

Estas palabras fueron recogidas por un astrólogo de Mayenza muy enemigo de Jhean.

— Veis ese extranjero, dijo, que habeis colmado de liberalidades, su pasión por la gloria lo va á conducir á diferentes ciudades, y en ellas hará un reló mejor que el vuestro. Pues ese extranjero es un mágico, un réprobo que tiene vendida su alma á los espíritus infernales.

Tales eran las voces que circularon durante tres días en Estrasburgo.

En el siglo XIV no fermentaban largo tiempo estas ideas en las cabezas sin pedir víctimas.

Cuatro días después de un triunfo tan público, tan solemne, maese Jhean estaba ya ciego. La envidia, la infame calumnia, la ferocidad de las costumbres de la época le habían arrancado los ojos.

El reló misterioso fué roto en mil pedazos, la lápida de metal desapareció y no se volvió á oír hablar de maese Jhean.

Así, pues, esa sed inmensa de gloria que engendró tantas creaciones sublimes en los tres siglos viriles de la edad media, llevó al infeliz árabe á hacer una obra maestra y recibir en recompensa un suplicio.

Z.

La inhumacion

DE LOS CADÁVERES DE LAS VÍCTIMAS DE LA GUERRA.

Todos los higienistas están de acuerdo en decir que la inhumación de un cuerpo en una zanja donde le cubren algunos piés de tierra, no impide que los gases pútridos penetren el suelo y se escapen al aire, lo cual en ciertas condiciones, dura mas de un año.

Si estos fenómenos se producen cuando se han tomado las precauciones que acabamos de indicar, con mas razón deben temerse en las inhumaciones precipitadas, cuando se prescinde de todas las reglas de higiene, como ha sucedido con los cadáveres de los soldados muertos en los combates al rededor de París.

En este estado de cosas el gobierno ha debido tomar medidas urgentes.

El comité consultivo de higiene pública, compuesto de los señores Bussy, Fauvel, M. Levy, Bouley, Reynard y A. Latour, ha presentado al ministro un informe del que extractamos los siguientes datos:

La primera cuestión que había que resolver era la de saber si la elevación de un túmulo de tierra sobre las tumbas que encerraban cierto número de cadáveres ofrecía las garantías suficientes.

Sobre este primer punto el comité opina que, vista la estación en que nos hallamos, y la época que ha transcurrido desde la inhumación, es imposible exhumar tantos cadáveres que esparcirían en los aires emanaciones pestíferas.

Se ha creído pues que el medio mas practicable y seguro es elevar sobre las zanjas llenas de cadáveres un túmulo de tierra de 40 á 50 centímetros de altura.

« El túmulo, dice el informe, debe cubrirse inmediatamente de plantas de vegetación rápida y sobre todo ácidas de azoe, como el *helianto* (girasol), el *galliga officinalis*, la mostaza y algunas gramíneas que, cortadas verdes, servirían de forraje. Así se podría esperar al invierno para la exhumación de los cadáveres. »

Sin embargo, el informe menciona un caso que se presenta frecuentemente en las cercanías de París y que impide la aplicación de aquellas medidas. En los jardines, los cercados y los campos, se encuentran tumbas con un solo cadáver enterrado á una profundidad insuficiente, y es difícil imponer á los propietarios la elevación de uno ó varios túmulos.

El comité propone lo siguiente:

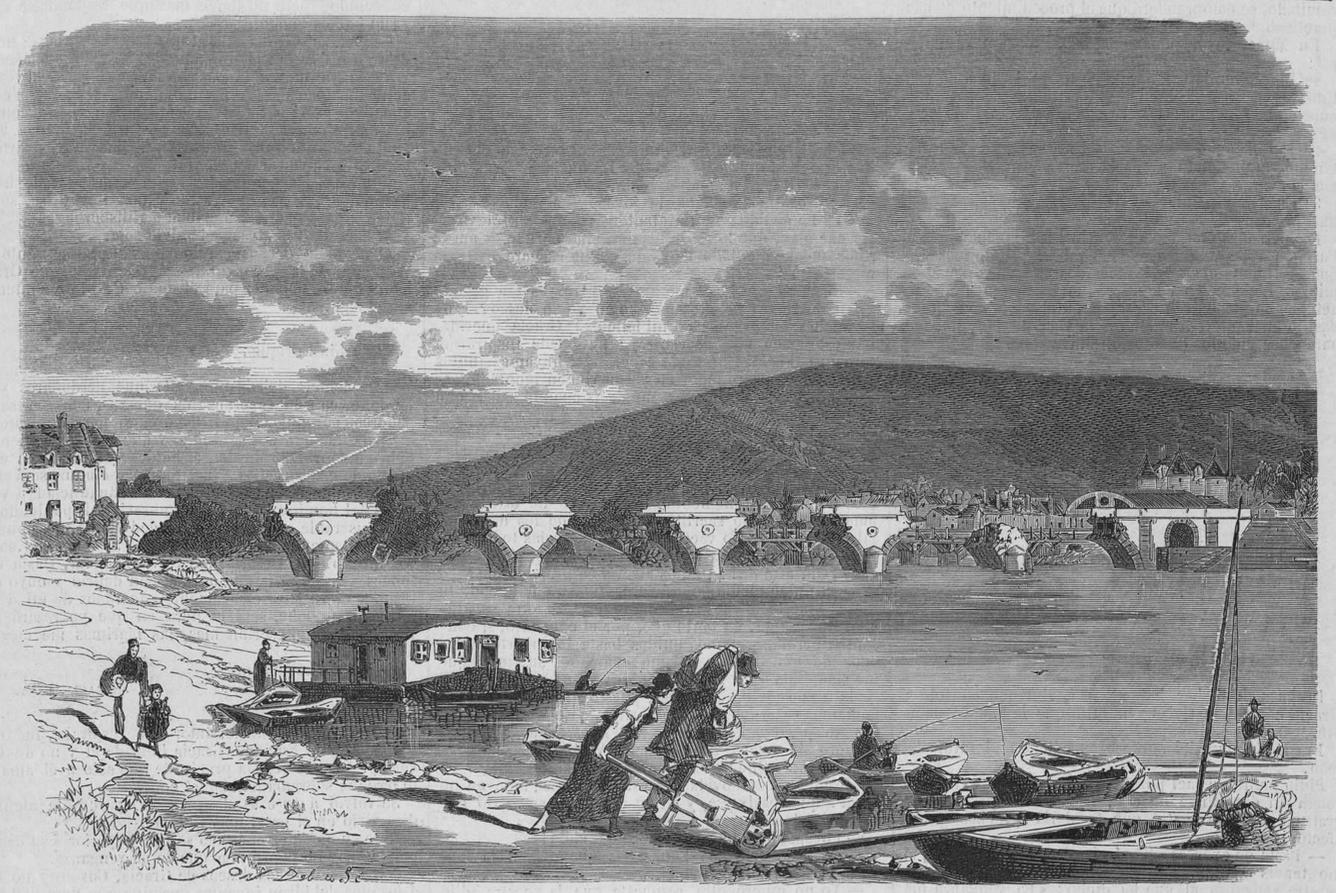
Abrir paralelamente á la fosa que encierra el cadáver y lo mas cerca posible, otra fosa de 4 metro 50 á 2 metros de profundidad, dimension que prescribe el decreto del 23 prarial, año XII; sacar la tierra que cubre el cadáver; derramar sobre este una cantidad suficiente de cloruro de óxido de cal para desinfectarle y trasladarle luego á la otra fosa sobre una capa de cal viva, poniendo encima otra, antes de echar la tierra.

El comité de higiene ha reemplazado en todos los casos al empleo de medios mecánicos que exigen la exhumación de cadáveres por los inconvenientes ya dichos.

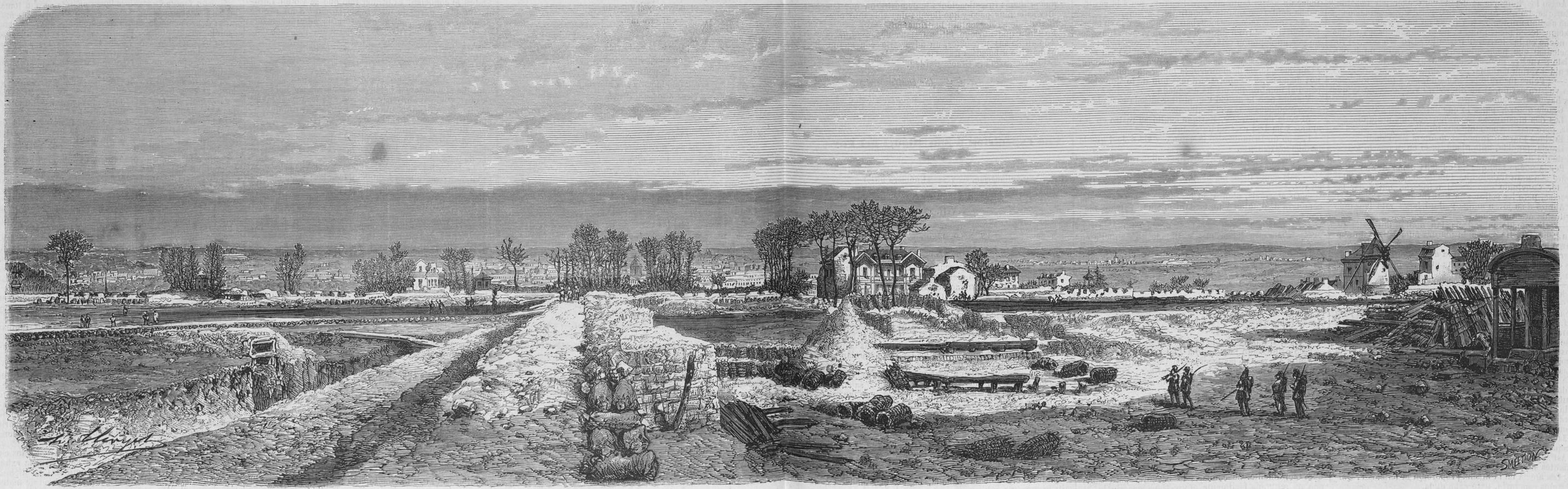
Además, si se considera la enorme cantidad de materias desinfectantes que se necesitaría para obtener un



La inhumacion de los cadáveres de las víctimas de la guerra, en las cercanías de Paris.



LA GUERRA. — Estado actual del puente de Vernon.



LA GUERRA. — Las alturas de Chatillon.

resultado, se comprenderá que el procedimiento es poco practicable.

En suma, las medidas adoptadas pueden resumirse así:

1º Elevación de un túmulo de tierra de 40 á 50 centímetros de altura sobre las zanjas llenas de cadáveres, cubriéndole de plantas de vegetación rápida y ávidas de azoe;

2º Exhumación de los cadáveres aislados, desinfectándolos y poniéndolos en otra zanja paralela y continúa entre dos capas de cal;

3º Cultivo y plantación de los terrenos en la zona más próxima de la sepultura.

Las personas que han recorrido las inmediaciones de París en estas últimas semanas, han podido observar que es urgente ejecutar las medidas prescritas por el comité de higiene. Es de creer que los acontecimientos actuales no detendrán un momento las obras empezadas, lo cual interesa mucho á la vida de la población parisiense y de los pueblos circunvecinos.

P.

Escenas de la vida inglesa.

EL OBRERO.

(Continuación. — Véase el número 951.)

Después de haber hablado así, Enrique consoló á Gracia con mil caricias y la juró que la amaría siempre.

Era la dulzura del cordero sucediendo al furor del león.

Pidió perdón á Jael porque había salido de Hillsborough sin despedirse de ella, le hizo mil protestas de gratitud y la prometió que la daría pruebas de su afecto.

— Basta de excusas, dijo Jael con mucha frialdad; si me teneis alguna gratitud, probádmela abandonando vuestra venganza al que ha dicho: «La venganza me pertenece.»

— Pues bien, yo seré su instrumento, dijo Enrique con aire sombrío.

— No, á él le toca elegir al que quiere encargar esa misión.

— ¿Para qué tanto argumento? exclamó Gracia. ¿Acaso los hombres se dejan convencer por nosotras? Enrique, no quiero predicaros, pero soy desgraciada y me asaltan mil temores. Ya veis mi amor y mi desesperación, tened piedad de mí, no me condeneis á vivir día y noche en los terrores. Bastante sufro sin eso... Prometedme que nada intentareis hoy... Aun no habeis visto á vuestra madre, está en Raby-hall, id á verla y venid á verme mañana.

— ¡Pobre madre mia! exclamó, sería pagar muy poco vuestro cariño, el no diferir mi venganza hasta que os haya estrechado en mis brazos.

Gracia obtuvo, pues, lo que deseaba.

Los dos amantes se separaron con un profundo dolor, pero más tiernamente que nunca.

Enrique marchó inmediatamente á Raby-hall.

Gracia, tendida, aniquilada, pasó en su cuarto lo restante del día sin pronunciar una palabra.

Por la noche Jael que la cuidaba como á una niña, logró con gran trabajo que tomara algunas cucharadas de té. Concluido este frugal refrigerio, quiso dar las gracias, pero los sollozos la detuvieron.

Abrazó á su joven amiga y lloró largo rato lanzando gritos de desesperación.

— ¡Oh, amado mio, decía, tan noble, tan valiente, tan generoso! He destruido nuestra felicidad, y sin embargo me ha perdonado en cuanto me ha visto. ¡Tan terrible y tan bueno! ¿Qué va á suceder? Jael, sálvame de ese acto insensato, y no me quejaré, pues vive cuando yo le creía muerto.

— Calmaos, querida Gracia, trataremos de arreglar todo esto entre nosotras, vos, su madre y yo.

— Su madre estará por nosotras... Pero ¡ay, cuánto debo temer de Mrs. Little!... Ya ha sido muy dura para mí, y en lo sucesivo será implacable... Me echará en cara mi locura... Si pudiera deshacer lo hecho, de noche y de día pediría á Dios que me hiciera egoísta... Se enseña á las jóvenes á pedir tal ó cual virtud... el egoísmo es lo que deberían pedir... Yo no he pensado más que en mi padre, en ese desdichado hipócrita que me ha engañado tan miserablemente; he pensado en todos, excepto en mí. Aborreía ese matrimonio, y sin embargo, consentí en él por contentar á otros. ¡Dios mio! Hacedme egoísta... Pero ¿á qué? Es ya demasiado tarde... Soy una criatura perdida, no me queda más recurso que la muerte.

Jael la hizo acostar, y por fin el sueño dió el reposo á aquel pobre cuerpo rendido de fatiga.

Así sufren los grandes corazones, así las naturalezas amantes sienten el dolor.

¿Les afecta en la misma proporción la felicidad? Quisieramos esperar, pero cabe duda.

XXXVIII.

LA DESAPARICION DE GRACIA GARDEN.

Fiel á su promesa Enrique volvió al otro día. Parecía menos agitado, y hasta dijo que renunciaría á sus proyectos si Gracia le amaba.

— ¡Si os amo! exclamó la joven. ¿Lo dudais? ¿Por qué os he pedido que no intentarais nada contra vuestro enemigo, que lo es de los dos, sino porque os amo? ¿Por qué he atentado á sus días, sino es para evitaros ese crimen?

— Sí, Gracia, sé que me amais; pero ¿es tan grande y tan verdadero vuestro amor como yo lo deseo? Probádmelo consagrándoos á mi felicidad. Gracia querida, hoy estoy rico y el porvenir ya no puede inspirarme ningún cuidado. El mundo es grande, huyamos juntos á esconder nuestro amor en algún rincón ignorado.

— ¡Enrique, Enrique! ¿Qué decís cuando sabéis que no puedo ser vuestra esposa?

— ¡Mi esposa! Lo seréis en realidad. ¿Creéis pertenecer á ese miserable cuyo nombre lleváis? ¿Qué significa ese matrimonio? Una ceremonia consagrada por un fraude. En el primer país que encontremos le haremos nulo y legítimamente seremos uno de otro. ¡Oh, amada Gracia! No sacrificéis la vida de los dos á un falso escrúpulo. No vacileis, tengo tomadas todas mis medidas, podemos partir esta misma noche, si quereis.

— ¡Oh, afrenta! ¿Qué os atreveis á proponerme?

— El único medio de asegurar nuestra felicidad. Si doy la muerte á vuestro indigno esposo, otra separación nos espera, en tanto que, por el contrario, si consentís, permaneceremos unidos hasta la muerte. Acordaos de que en este mismo cuarto os supliqué que me siguiérais á los Estados Unidos y que no quisisteis. Nada más sencillo entonces, puesto que érais libre y podíamos casarnos antes de partir... ¿No os ha dejado ningún pesar aquella negativa? Pues bien, ahora os imploro de nuevo, de rodillas... Vacilais... Temeis el qué dirán... ¿Qué os importa la gente si me amais?

Vivamente conmovida con estas palabras, la joven no sabía á qué resolverse, y en su confusión se volvió hacia Jael y la dijo:

— ¡Respondele tú, en nombre del cielo!

— ¡Responderle yo! Son cosas que exigen la respuesta de la misma persona...

— Yo no quiero otra respuesta que la vuestra, dijo Enrique en el colmo de la exaltación.

Y al hablar así se arrojó á los pies de Gracia y la conjuró en los términos más apasionados que no escuchara más que la voz de su corazón y que huyera con él.

Terrible fué la prueba para Gracia.

Ora pronta á ceder, ora resistiéndose, tuvo que sostener un asalto tanto más cruel cuanto que á la vez luchaba contra su amante y contra ella misma.

Sus fuerzas físicas se agotaban, no menos que su energía moral y estuvo á punto de sucumbir; pero muy luego por un supremo esfuerzo, exclamó desesperada:

— Enrique, ¿con que ese es vuestro amor? No obstante mis faltas y mi locura, yo valgo más que vos. ¿Con que quereis deshonrar á la mujer que amais? No, no; dejadme, ú os aborreceré más aun de lo que aborrezco al hombre que me ha engañado.

Y sobre esto le dirigió una postrer mirada cargada de reconveniones y se alejó sollozando.

Al verla desaparecer, Enrique ocultó su rostro en sus manos y se dejó caer en un asiento.

Pasado un instante alzó la cabeza y vió á Jael que le miraba gravemente.

— ¡Oh! Jael, exclamó, soy bien digno de lástima. ¿No os parece?

— Sois como todos los hombres, no pensais más que en vos.

— Os engañais, pienso en los dos y espero que ella cambiará de opinión y no tardará mucho. Volveré mañana.

Altas palabras, pronunciadas con un tono resuelto, presagiaban otra lucha más obstinada que aquella en que la joven había estado á punto de sucumbir.

Jael fué á reunirse con Gracia, contando que la encontraría tan abatida como la había dejado la primera visita de Enrique Little; pero con gran sorpresa, vió que Mrs. Coventry iba y venía por su cuarto con grande agitación.

— ¿Qué hay? preguntó á Jael.

— Volverá mañana.

— ¿Está enfadado?

— No.

— ¿Quién habría podido creerle tan perverso?

Esta calificación le pareció á Jael un tanto exagerada, pues á pesar de las lecciones de Mrs. Little, no tenía todas las delicadezas de una señorita.

— Hay que olvidar eso, dijo; el hombre habla y la mujer contesta y resiste.

— ¿Y hasta cuándo deberé yo resistir al hombre á quien amo tanto?

— Siempre, mientras os pida que seáis su querida, pues eso quiere, sería inútil disimularlo.

Gracia se cubrió el rostro con sus dos manos.

— Perdonad mi franqueza, añadió Jael, yo no sé llamar las cosas sino por el nombre que tienen.

— ¿Se atreverá á insistir?

— Ciertamente. Le conocéis lo bastante para saber que no renuncia fácilmente á una idea cuando la ha

concebido; pero no teneis más que responderle como ya lo habeis hecho.

— Jael, dijo Gracia, la propia fuerza se niega; no podría yo resistirle indefinidamente. Le excuso demasiado y me siento muy culpable con él. Su mirada, su voz, su contacto, todo me turba y me domina. Otra lucha como aquella y estoy perdida sin remedio. La virtud combatida por el amor no tiene más amparo que la fuga. Jael, ya que me profesas tanto cariño, ayúdame á salvarme.

— Estoy á vuestras órdenes.

Una hora después las dos mujeres, después de haber hecho algunos preparativos de viaje á toda prisa, se dirigían al ferro-carril y dejaban á Hillsborough.

Al cabo de tres días Jael volvió sola.

Al otro día de su marcha, Enrique se presentó en Woodbine-villa y con gran sorpresa supo que Gracia había huido, dejando para él una carta cuyo contenido era el siguiente:

« Querido Enrique:

» Me habeis dejado una falta que perdonaros y os perdono, con la esperanza de que vos también seréis generoso conmigo. Dejo Hillsborough para librarme de oír palabras que me sonrojan y que á vos también os habrían sonrojado un día, si hubiese yo tenido la desgracia de ceder á ellas. Nuestra separación no será eterna, y de vos depende que se acabe. Renunciad á vengaros del hombre cuyo castigo abreviariais poniendo fin á su miserable existencia; aprended á amarme honrosa y pacientemente como yo os amo. Si alcanzais sobre vos mismo esta victoria, me volvereis á ver. Hasta entonces pensad en la que os ama con delirio y cuyo corazón será vuestro eternamente. Acordaos de mí á las doce de la noche, será la hora en que yo rezaré por vos... No puedo escribir más, las lágrimas me ciegan. Adios.

» Vuestra desventurada,

» GRACIA. »

Esta carta, á pesar del amor que respiraba, fué una puñalada para Enrique. Gracia huía de él y no de Coventry. Aunque veía la prueba de que solo á él amaba, le irritaba sobremanera aquel contraste.

Se volvió á su casa desesperado, y durante algunos días vivió en el pesar más violento.

Pero su carácter enérgico se hizo superior á su desesperación, y no pensó más que en su venganza.

A despecho de los deseos de Gracia, Coventry no era á los ojos del joven inventor más que una fiera peligrosa con forma humana que, moralmente, tenía derecho de exterminar; mas como le faltaba el derecho legal, debía tomar toda clase de precauciones.

Estableció pues, en torno de Coventry un sistema completo de espionaje, á fin de determinar el sitio y la hora en que caería sobre él.

Sus primeras investigaciones le demostraron que Coventry salía muy poco y que llevaba una vida muy misteriosa desde su desventura matrimonial.

En tanto que Enrique Little trataba de asegurar la ejecución de sus proyectos, un adversario con que no contaba vino á hacerlos fracasar.

Este adversario era Gracia Garden.

(Se continuará.)

Una expedición á San Miguel del Fay.

(Continuación. — Véase el número 951.)

VIII.

UN MULO HISTÓRICO.

No sé cómo fué, ni de recordarlo trato, cómo se nos pasó el tiempo, pero lo cierto es que eran las tres de la madrugada cuando nos acostábamos, después de una reñidísima y descomunal batalla en que anduvimos todos á almohadonazos y á colchonazos, amen de alguno que otro extraviado puñetazo á causa de la desmedida ambición que en cada uno de nosotros se despertó con el loable fin de apropiarse para sí la mejor cama.

En efecto, consiguieron algunos conquistar las camas, pero solo las duras tablas, pues los colchones tenían ya propietario por derecho de usurpación.

Yo que afortunadamente era uno de los vencedores, y buena paliza me costaba serlo, empezaba á saborear las delicias que trae consigo la propiedad, aunque sea ilícita y aunque solo sea una propiedad de colchón, cuando me despertó un ruido desusado en el momento precisamente en que soñaba que el Leon de Caldas echaba por su bendita boca en vez de agua hirviendo oro en polvo, y en el instante mismo en que ponía mi sombrero debajo de la aurífera canal.

El rumor que había oído lo causaba un cierto número de caballerías que venían en busca de sus jinetes.

Eran las cinco de la mañana, hora á que habíamos citado nuestros guías y sus mulos. En Caldas hay gen-

tes que *mediantibus illis* hacen viajes á San Miguel del Fay y pasan todo el día en acompañar y prestar sus mulos á los viajeros que á visitar el santuario se encaminan. Por lo demás, el precio de una caballería y de un guía es precio fijo. Entre ida y vuelta veinte reales, diez por el hombre y diez por el mulo, precio nada caro si se atiende á que no pueden hacer mas de un viaje al día.

En un abrir y cerrar de ojos estuvimos vestidos y montados en soberbios mulos aderezados con mas cintas que una moña.

El rentista se nos habia quedado algun tanto rezagado. Habia querido detenerse á tomar su correspondiente chocolate, y cuando bajó ya todos habíamos elegido nuestra caballería y estábamos montados en ella. La única que para él habia quedado era un mulo seco, encanijado, gotoso y rojo por añadidura.

El pobre Botella frunció las cejas al ver la estampa lúgubre y poco halagüeña de la cabalgadura á quien iba á confiar el precioso peso de su cuerpo. La estuvo contemplando largo rato sin decir palabra, pero montó. ¿Qué habia de hacer?

— ¡Percances de la gula, vicio feo,
Del cual debes huir, oh Timoteo!

gritó el aristocrático poeta introduciendo una ligera variación en los célebres versos de Santos Alvarez.

En cuanto estuvo sentado en la silla preguntó el rentista al guía:

— Oiga Vd. ¿y anda el alimaña esa?

— ¿Que si anda, señor? como un rayo. A veces para correr da unos respingos...

— ¿Da respingos?... Hombre, pues no es cosa que me acomode mucho, no lo crea Vd... Pero en fin, lo que yo no quiero es quedarme atrás, y se me figura que el animal tiene trazas de dejarse inalterablemente adelantar buen trecho por sus camaradas.

— No tema Vd., señor, contestó el guía, es un animal muy dócil, mucho. Con darle con la palma de la mano basta para que corra como un ciervo.

Y diciendo esto el guía ataba al pié derecho de nuestro amigo una larga punta de hierro en forma de espuela.

— ¡Calla! dijo el buen rentista, pues entonces, si con la palma de la mano basta para hacerle correr, ¿por qué añade Vd. á mi bota ese ingrediente?

— Si le digo á Vd. que tiene una docilidad que asusta, prosiguió el guía sin contestar á la pregunta. Ya me dirá Vd. luego quién es Zulema.

— ¿Zulema? ¿y qué quiere decir Zulema? preguntó el rentista.

— Es el nombre del mulo.

— Sea muy enhorabuena. Zulema es muy bonito nombre moro, pero no basta á tranquilizarme con respecto á las buenas cualidades de su digno poseedor.

— ¡Oh! si yo le contara á Vd. las muchas proezas que lleva hechas Zulema.

— ¡Hola! ¿con que proezas, eh?

— ¡Uf! dijo el guía con aquella mueca de los hombres del campo cuando quieren ensalzar una cosa.

— ¡Hola! ¡hola! ¿luego es mulo histórico el de Vd? — Histórico, exactamente.

— ¡Bravo! Acaso sea un monumento, una crónica. Que me place el ir montado en una crónica, el cabalgar caballero en un monumento. Vamos pues andando y vaya Vd. empezando la historia de sus proezas. Comienzo á cobrarle afición desde que sé que se llama Zulema y que tiene una historia; y en verdad que si es digna y divertida como me prometo, he de hacerla escribir en variedad de metros por los cuatro poetas que van ahí delante. Será la biografía de un mulo cantada por la trompa épica de cuatro ingenios. Esto podrá no servirles á ellos de gran cosa, pero de fijo immortalizará su nombre de Vd. y el de su mulo.

Y el buen Botella y Belda, siguiendo al pié de la letra las instrucciones de su guía, aplicó una palmada entre acariciadora ó imperativa al cuello del animal.

Zulema no se movió.

El rentista le dió un palmada mas fuerte. Tampoco.

Le dió entonces con el puño. Nada. El animal parecia haber clavado raices.

Entonces el guía le sentó en las posaderas tan terrible y estrepitoso varazo con una especie de tranca que llevaba en la mano, que el golpe resonó sobre las costillas del pobre mulo como el martillo de Norma sobre el druídico bronce.

Zulema levantó sus piés traseros y empezó una de coces que daba gusto.

A Botella se le cayó el sombrero y hubiera ido su humanidad á reunirse con él en el duro suelo, si no hubiese tenido la sabia precaucion de agarrarse con ambas manos á las orejas del mulo de morisco nombre.

Cuando el animal hubo desahogado su cólera en aquel prosáico *ex abrupto*, empezó á andar, pero con un paso lento, gangoso, retrógrado.

Nosotros estábamos ya á mas de cien pasos de distancia.

— Diga Vd., exclamó entonces Botella volviendo á anudar el hilo de la interrumpida conversacion y recibiendo el sombrero de manos del guía; ¿y á esos terribles garrotazos es á lo que llama Vd. darle con la palma de la mano? ¿Pues estamos aviados! Si todas las proezas de Zulema son como la nuestra, ¡dígame á Vd. que hemos hecho un buen negocio!

— ¡Quí! no señor, exclamó el guía. Voy á contarlas á Vd. y ya Vd. á juzgar;

— Sí, sí, cuente Vd. Deseoso estoy ya de encontrar alguna buena cualidad en Zulema.

— Pues señor, debe Vd. saber... ¿Empezaré por el último hecho, verdad? ¿A Vd. no le importa?

— No, no, empiece Vd. por el último, si lo cree usted el mas digno. De la historia de los mulos lo mismo tiene empezar por la última página que por la primera.

— Así como así es la proeza mas reciente, la mas fresca. Pues señor... ¿Vd. sabe dónde están los abismos?

— ¿Los abismos?... No, ni me interesa tampoco. Me es antipático el nombre.

— Los abismos son unos despeñaderos terribles que se encuentran en el camino que va de Caldas á San Felio de Codines ó de San Felio de Codines á Caldas, como Vd. quiera. ¡El pobre que cae allí, buenas noches! Ya no se vuelve á saber mas de él. Una vez cayó un carro cargado de costales de harina y nunca se ha sabido dónde habian ido á parar las mulas, los sacos, el carro y el conductor que iba dormido encima de los costales. Es mucho viaje aquel del cual no se vuelve, ¿verdad, señor?

— Sí, sí, mucho viaje, demasiado acaso... y poco agradable, contestó el rentista.

— ¡Oh! ¡verá Vd.! ¡verá usted! Un día se presentó en Caldas un inglés feo, muy feo y muy largo, mucho, y como pidió un guía para ir á San Miguel del Fay, me llamaron á mí que me presenté con mi Zulema y cerré trato con él mediante dos duros.

— ¿Dos duros? Pues yo creia que era un duro nada mas, precio fijo.

— Sí, señor, precio fijo para todos, pero no para los extranjeros.

— ¡Ah! ¿con que á los extranjeros se les lleva el doble?

— Sí, señor.

— ¡Bravo! Me gusta esa contribucion nacional.

— Pues como decia á Vd., señor, cerró trato con mi Zulema y conmigo y montó en mi mulo, que así que sintió su peso empezó á menear la cabeza y á hacer: ¡Hang! ¡ha hang! ¡ha hang!...

Y el buen hombre se puso á remedar el mulo.

— ¿Y por qué Zulema hacia eso? preguntó Botella.

— Porque conoció que era un extranjero el que le montaba.

— ¡Calle! ¿y en qué lo conoció?

— ¡Toma! en el modo de hablar.

— ¡Ah! dijo Botella.

— A Zulema, continuó el guía muy satisfecho de su argumento que valia en su género tanto como el *qu'il morut* de Corneille, le gustan poco los extranjeros, exactamente como á mí. El inglés por otra parte trató muy mal á mi pobre mulo, nunca se estaba quieto en la silla, á cada momento se volvía, á cada instante le paraba, siempre le hacia dejar el camino para subirse á una colina ó bajar á un valle, ó costear una roca ó internarse en un bosque, mirándolo todo con unos ojos que parecia se lo iba á comer. Hubiérase dicho que nunca habia visto árboles, rocas ni matas. Zulema, impaciente de tanta ida y venida, y colérico porque no se le dejaba seguir paso á paso el camino que tenia acostumbrado, hizo una vez un movimiento como si dijera para sus adentros: «¡Hola! ¿con que juegas conmigo, maldito inglesman? ¡Oh! pues yo me vengaré.» En efecto, á la vuelta de San Miguel pasamos por San Felio, y al llegar cerca de los abismos le dije al inglés que se anduviera con cuidado, pues habia peligro en costear los derrumbaderos; pero el maldito gabacho (para el guía todo extranjero fuése de la nacion que fuera era gabacho) nada, como si no me hubiese oido, acercó á Zulema hasta la orilla misma del precipicio y empezó, inclinado sobre la profundidad, á mirarlo y á curiosarlo todo. Entonces fué cuando Zulema se diria: «¡Esta es la mia!» y en efecto, héte aquí que da de pronto un respingo, levanta sus piés traseros y hace botar de la silla al inglés.

— ¿Que cayó al precipicio? preguntó Botella inundado el rostro de un helado sudor.

— No, señor, afortunadamente no cayó, por haberse encontrado al paso con un árbol, del que quedó colgado como una bellota.

Acababa apenas el guía de pronunciar estas palabras, cuando Botella, tirándose mas bien que apeándose de su cabalgadura, empezó á llamarnos con tales gritos y voces, que aunque á una distancia muy regular, hubimos de volver la cabeza y verle dirigirse hácia nosotros á pié, gesticulando con el guía que le iba siguiendo, mientras el buen Zulema, causa de todo, se habia pacíficamente acercado á una verde mata para tomarle el gusto.

— ¿Qué hay, qué sucede? preguntamos en coro nosotros volviendo brida precipitadamente á nuestras monturas.

— ¿Qué hay? contestó Botella, hay que yo no voy á San Miguel.

— ¿Cómo?

— No, á menos que me traigan otro mulo.

— Pero, señor... decia el guía desesperándose.

— Nada, no voy, ó me traen otro mulo ó no voy. Yo no monto animales que arrojan los hombres á los precipicios.

— Pero, señor, si era un extranjero, decia el buen guía.

— No importa, tambien yo hablo castellano y podria Zulema no comprender mi lenguaje y arrojarme al abismo por equivocacion.

Ninguno de nosotros comprendia una palabra de todo aquel galimatías.

— Lo dicho, no voy, repitió el rentista.

— Pero, señor, volvió á repetir el guía.

— Que no voy. Si acaso, se me ha de traer otro mulo que no sea histórico, ni asesino, ni se llame ningun nombre moro. ¡Nada, que no tenga nombre!

No hubo otro remedio. Hicimos alto todos y mandamos á Caldas por otro mulo y otro guía. En el interin Botella nos contó la anécdota.

No tardó en llegar la nueva caballería, y sin mas incidente nos pusimos en marcha.

Pocos caminos puede haber mas pintorescos ni mas suavemente gratos que los de San Miguel del Fay. Toda la poesía del Principado parece haberse reunido allí, como se concentran al caer de una tarde de verano todos los rayos del sol al rededor de su disco púrpuro.

Para ir al santuario, se tiene que pasar á través de los mas deliciosos paisajes, de los mas ópticos panoramas. Ya son desnudas rocas que levantan sus centenarias cabezas, que han resistido á las tempestades de todos los siglos, ya montes encumbrados de erguidas y soberbias frentes, que lo mismo se ven rodeadas por una corona de azulado resplandor, que por un turbante de niebla, que lo mismo lanzan el rayo del sol como el rayo de la tempestad; ya peñascos gigantes, sobre los cuales se han sentado hombres de todos los paises y de todas las edades, ya bosques profundos y misteriosos que han empezado por abrigar las bacanales romanas, que han servido de tiendas errantes á los árabes, que han abierto su seno á las caravanas de devotos romeros, que han ofrecido su cama de musgo y un techo de ramas á los dispersos bohemios, y que hoy ofrecen refrigerantes brisas y apacible sombra al fatigado leñador catalán.

Orlan casi el camino todo abiertas bocas de barrancos condenados á repetir eternamente, eternamente estremeciéndose, los ecos de todas las pisadas y las cantinelas que en todos los idiomas cantan los viajeros que perezosamente descansados en sus mulos costean á todas horas sus bordes. En el fondo de estos barrancos se atropella el agua pura y cristalina de un arroyo que se despeña por entre blancos guijarros, los cuales hacen el efecto de una continuada hilera de niveas palomas bañándose en las perezosas olas. Cuando un dorado rayo de sol llega al arroyo, el agua lanza argentadas chispas. Diríase entonces un rio de plata que se desliza en la profundidad.

Por lo demás, este arroyo viene cien veces en el camino á culebrar por entre los piés de los viajeros, como page enviado por la cascada de San Miguel á saludar á los huéspedes que le llegan. Desde la primera vez que se presenta á besar los piés del peregrino, ya no le abandona mas. Como sumiso lebré que al encontrar á su amo perdido corre y vuelve y desaparece y torna y huye y regresa, el arroyo se abisma en lo profundo de un barranco, pero es para repentinamente salir de entre un lecho de musgo, para brotar de entre unas rocas, formar una laguna en lo alto de una colina, para deslizarse en hebras de plata por entre las caprichosas grietas de un peñasco, para en fin rociar, cayendo de una mata, con una lluvia de irradiadoras gotas la frente rejuvenecida del fatigado caminante. Visible ó invisible, el viajero oye siempre murmurar ante él, á sus lados, detrás de él ese arroyo compañero que no le abandona mas y que como una veta de plata cruza el monte en todas direcciones y en todos sus antros.

Luego, cuando el peregrino se acerca á San Miguel del Fay, entonces ya no es un arroyo, son mil. De todas partes brotan manantiales, surgidores, fuentes: el agua abunda, rebosa, surge, brota: cada peñasco nutre una cascada, cada mata oculta una fuente, cada barranco abre paso á un rio.

Al pasar por el pié de una escarpada colina, levantamos por casualidad la vista. Un castillo asomaba su cabeza, corona del peñón.

— ¿Qué castillo es aquel? le preguntamos á uno de los guías.

— Montbuy.

¡Montbuy! otro nombre histórico, otra gloria catalana, otro libro de hazañas.

— ¿Se sube al cast llo por este sendero acaso? le pregunté á mi guía, señalándole un camino que parecia estar abierto entre dos peñas.

— Sí, señor.

Entonces haciendo dar media vuelta á mi cabalgadura y precipitándola al trote por el sendero:

— ¡A Montbuy, señores! grité.

— ¡A Montbuy! contestaron diez voces, lanzando tras la mia sus monturas.

Ya sabia yo que me seguirian.

IX.

EN QUE SE TRATA DE UN MORO QUE PUSO BAJO PIÉ DE GUERRA UN EJÉRCITO DE DIEZ MIL BUEYES, Y DE OTRO MORO QUE DEJÓ VIUDAS OCHOCIENTAS MUJERES.

Debia ser un bello castillo el de Montbuy, porque son unas bellas ruinas las suyas.

Allí puede decirse que no hay nada desmoronado. Todo está entero, pero volcado; todo intacto, pero caído. Enormes lienzos de pared yacen íntegros en el suelo como gigantes que despues de haber luchado con valor se han recostado en la arena para dormir su sueño de muerte.

(Se continuará).

VICTOR BALAGUER.

Los internados franceses en Suiza.

SEÑORAS LAVANDO LOS PIÉS DE LOS HERIDOS.

Hé aquí las líneas que nos escribe el autor de esta lámina:

« Mi dibujo no necesita comentarios: las miserias que hemos tenido á la vista en los primeros días de la entrada del ejército en Suiza han despertado en alto grado los sentimientos filantrópicos, y nadie ha permanecido indiferente á los padecimientos de un pueblo amigo.

« Antes del 4º de enero, el ejército del general Clinchant habia evacuado sus heridos sobre Neuchatel, donde fueron recibidos y cuidados por las señoras de la ciudad. Mi dibujo, que las representa lavando los piés á los heridos, reproduce una de las escenas características de su filantropía. ¿No es lo que puede llamarse el entusiasmo de la abnegacion? — A. B. »

Los soldados franceses no se han mostrado ingratos,

como lo prueba la siguiente proclama, dirigida por el consejo de Estado del canton de Vaud á los sargentos y soldados franceses internados en aquel canton:

« Soldados:

» Vais á dejar el canton de Vaud para volver á vuestra patria.

» Llegados en medio de nosotros en circunstancias muy dolorosas, os habeis prestado á las medidas de orden necesarias para facilitar á las autoridades y á los ciudadanos de ese pais el cumplimiento de los deberes que les imponia la neutralidad.

» Con vuestra disciplina y vuestra buena conducta habeis fortificado las simpatias que inspiraron vuestras desgracias.

» Soldados, os deseamos un feliz regreso á vuestros hogares. »

El general Uhrich habia expresado ya su gratitud á la Suiza á nombre de la Francia en la carta que vamos á traducir, y que puesta en venta á beneficio de los pai-

ses devastados, fué comprada en 400 francos por un ciudadano de Berna.

Dice así:

« Montreux 15 de febrero.

« Con el corazon lleno de gratitud y de admiracion rindo homenaje á la caridad y á la humanidad de toda la Suiza. Donativos voluntarios en dinero y en ropas, rifas, almonedas filantrópicas, de todo se ha echado mano.

» La Suiza comenzó por enviar su socorro fraternal á Estrasburgo cuando yo tenia la honra de mandar la plaza, y acabó por adoptar á 80,000 de nuestros desdichados soldados, que encontraron un refugio hospitalario en su territorio.

» ¡ Honor eterno á esa nacion, pequeña por el número, pero grande por su corazon.

» En presencia de los horrores que ensangrientan á nuestra pobre Francia, consuela pensar en los actos de cordial generosidad de que somos testigos cada dia, y es un deber para nosotros el proclamarlo ante el mundo entero.

» Recibid, etc.

[« UHRICH, general. »



Los franceses en Suiza. — Señoras lavando los piés á los heridos

Bernabé Rudge,

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR CARLOS DICKENS,

(Continuacion. — Véase el número 951.)

— Por decidido que esté á prohibir á mi sobrina toda correspondencia con vuestro hijo y á romper sus relaciones aunque cause la muerte de Emma, dijo Haredale que paseaba de un extremo á otro del salon, quisiera emplear en esta resolucion toda la bondad y todo el cariño que me sea posible. Estoy encargado de un depósito que mi carácter no puede comprender, y por este

motivo, la simple noticia de que existe entre ellos el amor cae sobre mí esta noche casi por vez primera.

— No puedo expresar el placer que me causa, repuso M. Chester con el acento mas amable, el ver confirmadas así mis impresiones personales. Ya reconoceis cuán ventajosa es nuestra entrevista. Nos comprendemos mutuamente, estamos completamente de acuerdo, nos hemos explicado satisfactoriamente y sabemos la marcha que debemos seguir. Pero ¿por qué no probais el vino de vuestro arrendatario? Es excelente.

— ¿Quién ha ayudado á Emma ó á vuestro hijo? preguntó M. Haredale. Decídmelo por favor. ¿Quiénes son sus agentes?

— Todas las buenas gentes de la comarca, la vecindad en general, segun creo, respondió M. Chester con su mas afable sonrisa. El mensajero que os he enviado hoy se distingue entre todos los demás.

— ¿El idiota? ¿Bernabé?

— ¿Eso os admira? Lo creo, porque yo tambien estoy admirado. He arrancado este secreto á su madre, que es

una mujer muy razonable, y por ella he sabido principalmente como se han formalizado estos amoríos. Hecho este descubrimiento, me he apresurado á venir aquí y tener con vos una conferencia en este terreno neutral. Eslais mas obeso que antes, Haredale, pero no habeis desmejorado.

— Creo que ha terminado nuestro negocio, dijo M. Haredale con una impaciencia que no se tomaba el trabajo de ocultar. Confíad en mí, señor Chester; mi sobrina cambiará desde hoy. Apelaré, añadió bajando la voz, á su corazon de mujer, á su dignidad, á su orgullo y á su deber.

Lo mismo haré yo con Eduardo, dijo M. Chester volviendo á poner en su sitio dentro de la chimenea con la punta de la bota algunos trozos de leña. Si alguna cosa real hay en el mundo son estos sentimientos tan bellos y estas obligaciones naturales que deben existir entre un padre y un hijo. Le plantearé la cuestion bajo el doble punto de vista del sentimiento moral y religioso, y le demostraré que de ningun modo podemos con-

sentir en tal enlace; que siempre he aspirado á un buen casamiento para él, mediante una pension decente para mí en el otoño de la vida; que hay un gran número de acreedores que pagar, cuyas reclamaciones están perfectamente fundadas en derecho y en justicia y que deben satisfacerse con el dote de su mujer; y en una palabra, que los sentimientos mas elevados y mas honrosos de nuestra categoría, todas las consideraciones de deber y de amor filial y todas las demás cosas de la misma clase exigen imperiosamente que se case con una rica heredera.

— ¿Y que destroce su corazón cuanto antes pueda? dijo M. Haredale poniéndose los guantes.

— En eso hará lo que mejor le parezca, respondió M. Chester bebiendo á pequeños sorbos; eso es cuenta suya y yo me lavo las manos. Por nada en el mundo quisiera mezclarme en los negocios de mi hijo mas allá de cierto punto. Ya sabéis que el parentesco entre padre é hijo es positivamente una especie de lazo sagrado... ¿No me hareis el favor de beber un vaso de vino? Bien, como gustéis... como gustéis, añadió sirviéndose á sí mismo.

— Chester, dijo Haredale tras un breve silencio durante el cual dirigió penetrantes miradas al rostro risueño de su interlocutor, teneis la cabeza y el corazón de un genio maléfico, dispuesto á engañar en toda ocasión.

— Brindo á vuestra salud, dijo M. Chester con una inclinación de cabeza, con la cual parecía darle las gracias. Hablad con toda franqueza; continuad.

— Si viéramos, dijo M. Haredale, que es ya imposible separarlos y romper sus relaciones; si fuera, por ejemplo, difícil para vos el conseguirlo, ¿qué marcha os proponéis seguir?

— La mas sencilla, la mas fácil, la mas natural, respondió M. Chester encogiéndose de hombros y arrellanándose cómodamente en el sillón. Desplegaría entonces esas poderosas facultades acerca de las cuales haceis tan grandes y lisonjeros elogios, aunque confieso que no los merezco, y recurriría á algunos ardidés bastante comunes para excitar los celos y el resentimiento mutuo de los amantes.

— En una palabra, justificando los medios, con el fin, para separarles definitivamente, tendremos que recurrir

como al último extremo á la perfidia y á la mentira, ¿no es eso?

— No, no tanto, repuso M. Chester tomando un polvo con voluptuosidad. Nada de mentiras; únicamente un poco de diplomacia, de intriga, de... ¿Me entendéis?

— Siento mucho no haber podido impedir ni prevenir siquiera lo que sucede, dijo M. Haredale dando algunos pasos, parándose y volviendo á andar como quien se siente mal; pero ya que se ha llegado tan lejos que es necesario tener firmeza, de nada serviría retroceder ó tener lástima. Bien; secundaré vuestros esfuerzos en cuanto me sea posible; es el único punto en todo el vasto horizonte del pensamiento humano sobre el cual estamos los dos de acuerdo. Trabajaremos con el mismo objeto, pero separadamente. Espero que no será necesaria otra entrevista.

— ¿Os retirais ya? dijo M. Chester levantándose con graciosa indolencia. Permittedme que os haga luz hasta el pié de la escalera.

— Hacedme el favor de no moveros, repuso M. Haredale con desden. Ya sé el camino.

Y acompañando estas palabras con un ligero movi-



PARIS. — El séquito de un delegado.

miento de la mano, se puso el sombrero al mismo tiempo que se dirigía á la puerta del salón.

Algunos momentos despues resonaba en la escalera el rumor de sus pasos precipitados.

— ¡Qué hombre tan grosero y brutal! dijo M. Chester volviéndose á sentar en el sillón. Es un oso con figura humana.

— Juan Willet y sus amigos, que habian estado muy atentos para oír el choque de las espadas ó las detonaciones de las pistolas en el salón de la posada, y que habian arreglado el órden en que se precipitarían en él al primer llamamiento, en cuyo arreglo el viejo Juan habia sabido reservarse la retaguardia, quedaron muy asombrados al ver á M. Haredale que bajaba sin un rasguño, pedia su caballo y se alejaba con aspecto meditabundo.

Despues de haber reflexionado un rato, los tertulios decidieron que habia dejado al caballero del primer piso por muerto, y que si manifestaba tanta calma, era una estratagemas para que nadie pensara en sospechar de él ni en perseguirle.

Como esta deducción les imponía la necesidad de subir en el acto al salón para cerciorarse, estaban á punto de verificarlo en el órden acordado, cuando un campanillazo, bastante fuerte y que parecia indicar suficiente vigor aun en el huésped, echó por tierra todas sus conjeturas y los abismó en la mayor incertidumbre. Finalmente Willet consintió en subir escoltado por Hugo y Bernabé, que eran los hombres de mas fuerza y robustez que se hallaban en la cocina, los cuales podían acompañarle bajo el pretexto de ayudarle á levantar la mesa.

Fortalecido con esta proteccion, el buen Juan con sus anchos carrillos entró en el salón osadamente avanzando medio paso, y recibió sin temblar la petición de un calzador de botas.

Pero cuando Hugo trajo el calzador y el posadero prestó á su huésped sus robustos hombros, se observó que mientras este se quitaba las botas, Juan Willet miraba con afán, y que sus abultados ojos, mucho mas abiertos que de costumbre, parecieron expresar alguna sorpresa y cierto chasco al no encontrarlas llenas de

sangre. Se proporcionó de este modo la ocasión de examinar al caballero lo mas cerca que pudo, esperando descubrir en su cuerpo cierto número de agujeros hechos por la espada de su adversario. No descubriendo sin embargo ninguno y advirtiéndole despues que su huésped estaba tan sano, tan alegre y tan amable como antes, el viejo Juan exhaló al fin un profundo suspiro, y principió á pensar que el desafío se habia aplazado para otra ocasión.

— Y ahora, Willet, dijo M. Chester, si la alcoba está bien caliente podré apreciar el mérito de esa famosa cama.

— La alcoba, señor, respondió Juan tomando una luz é invitando con un codazo á Bernabé y á Hugo á acompañarles, en el caso de que repentinamente quedáseis desmayado ó muerto de alguna herida interior, la alcoba está caliente como un horno. Bernabé, toma otra luz y pasa delante. Hugo, sigue á este caballero con el sillón.

En este órden y llevando para mayor seguridad la luz muy cerca del huésped, ora haciéndole sentir el calor

en torno de sus piernas, ora exponiéndose á pegar fuego á su peluca, y pidiéndole sin cesar perdon con gran torpeza y mucho embarazo, condujo Juan á M. Chester hasta la alcoba en la cual se veía una enorme y antigua cama monumental, cubierta con colgaduras ajadas y adornada en cada pilar esculpido con un copete de plumas que debieron de ser blancas, pero que el tiempo y el polvo habian convertido en penachos de coche de muertos y de catafalco.

— Buenas noches, amigo, dijo M. Chester con grata sonrisa y sentándose en el sillón despues de examinar con la mirada toda la alcoba. Buenas noches, Bernabé; supongo que rezas tus oraciones antes de acostarte.

Bernabé hizo un ademán afirmativo.

— Reza unas necedades que llama oraciones, dijo Juan oficiosamente. Me temo que no son muy santas tales oraciones.

— ¿Y Hugo? dijo M. Chester volviéndose hácia el tosco jóven.

— Yo no rezo, respondió. He oído rezar á este, añadió designando á Bernabé, y me gustan sus oraciones. Las canta algunas veces en el pajar, y yo le escucho.

— Caballero, este muchacho es un animal, dijo Juan al oído de su huésped con dignidad. Perdonadle, porque si tiene alma, de seguro que será un alma de cántaro. ¡Buenas noches, caballero!

M. Chester respondió: «¡Dios os tenga en su santa guarda!» con un fervor poético, y Juan, despues de indicar con la cabeza á sus satélites que se retiraran, salió de la alcoba haciendo una reverencia, y dejó al huésped en libertad de descansar en el antiguo lecho del Maypole.

XIII.

Si José Willet, el jóven denunciado á los Caballeros aprendices y proscrito por ellos, se hubiera encontrado en casa cuando el amable huésped de su padre se presentó en la puerta del Maypole, es decir, si esto no hubiera sucedido por una malicia de la suerte en una de las seis veces al año en las cuales era libre de ausentarse todo el día sin preguntas ni reprensiones, habria conseguido de una manera ú otra profundizar el misterio de M. Chester y penetrar su designio con la misma certeza que si hubiese sido su confidente y consejero. En tal caso, hubiera avisado á los amantes la desgracia que les amenazaba, y les hubiera auxiliado además con diversas inspiraciones tan prudentes como oportunas, porque José, en pensamientos como en acciones, tenia todas sus simpatías y sus mejores deseos á disposición de los dos amantes y era muy adicto á su causa. ¿Procedia esta disposición de sus antiguas prevenciones en favor de la señorita Emma, cuya historia la habia rodeado en su mente casi desde la cuna de circunstancias de un interés extraordinario, ó de su amistad á Eduardo en cuya confianza habia entrado casi imperceptiblemente con su ingenio perspicaz y su nobleza de carácter, así como prestándole varios servicios importantes de mensajero? Sea por esta ó por otra causa, por ejemplo por las persecuciones abrumadoras y las manías fastidiosas de su venerable padre, ó tal vez por algun negocio de amor secreto que le disponia favorablemente á servir á los que estaban enamorados como él, lo cierto es que José hubiera podido frustrar los planes de M. Chester á no haberse hallado ausente del Maypole.

El veinte y cinco de marzo, día que, como muchos saben por experiencia propia, es desde tiempo inmemorial uno de esos días desagradables en que se pagan los arriendos, inquilinatos y cuentas, Juan Willet se imponia todos los años el religioso deber de arreglar las suyas en metálico sonante con un almacenista de vinos y licores de la Cité de Lóndres, y de entregar en manos de este negociante un saco de lienzo que contenia el importe exacto de la suma sin un penique de mas ni de menos; y era para José el objeto de un viaje tan seguro y regular como la vuelta anual del veinte y cinco de marzo.

Se hacia el viaje en una yegua vieja, sobre la cual se habia forjado en su mente todo un sistema de ideas preconcebidas, como, por ejemplo, que seria capaz de ganar un premio á correr si lo probara. Sin embargo, nunca lo habia probado, y era probable que ni siquiera lo intentaria ya, porque tenia la friolera de catorce á quince años, y estaba completamente pelada desde el cuello hasta la cabeza. Pero á pesar de estas insignificantes imperfecciones, Juan estaba orgulloso con su yegua, y cuando Hugo la sacó de la caballeriza y la colocó delante de la puerta, se retiró para admirarla á sus anchas desde el mostrador de la taberna, y escondido allí tras una pirámide de limones, se puso á reir con orgullo.

— Esto es lo que se llama una yegua, Hugo, dijo Juan cuando recobró bastante imperio sobre sí mismo para volver á salir á la puerta. ¡Qué soberbio animal! Mírale este cuello, mira estos huesos.

En cuanto á huesos, la yegua podia apostárselas sin duda alguna con el rocinante de D. Quijote, y así parecia pensarlo Hugo sentado al través de la silla, con el cuerpo perezosamente doblado y tocando casi las rodillas con la barba. El tosco mezo saltó de la silla al ver salir á José.

— Cuidala mucho, dijo Juan sin hacer caso de aquel ser inferior para dirigirse á la sensibilidad de su hijo y heredero que se presentó dispuesto á montar; sobre todo no la hagas galopar.

Trabajo me costaria, padre, respondió José dirigiendo á la yegua una mirada de desprecio.

— No me gustan esas contestaciones, señorito, respondió el posadero. ¿Qué animal desearia montar este caballero? ¿Os pareceria poco un elefante ó un león furioso? ¡Silencio!

Cuando Juan Willet, en sus contiendas con su hijo, habia agotado todas las ideas que acudian á su mente, y á pesar de que José se mantenía en el mas absoluto silencio, terminaba generalmente sus filípicas mandándole que callase.

— ¿Qué ideas abriga este muchacho? añadió Willet despues de haberle mirado largo rato con asombro. ¡Qué aire de matón! ¡Qué manera de ponerse el sombrero á lo militar! ¿Vais á matar acaso al almacenista, caballero?

— No, dijo José con cierto desden, no voy á matar á nadie.

— ¿Qué significa pues ese aire de fanfarrón? dijo Willet examinándole de piés á cabeza. ¿Qué significan esas flores que llevais en el ojal de la chaqueta?

— Es un ramo, respondió José ruborizándose. No creo que sea un gran pecado llevar flores.

— Hé aquí un mozo entendido en negocios, dijo Willet con sonrisa sarcástica, que supone que los negociantes en vinos y licores hacen caso de ramos.

— Yo no supongo tal cosa, respondió José. Que guarden sus narices encarnadas para oler sus botellas y tapones. Estas flores son para llevarlas á casa del señor Varden.

— ¿Y creéis que Varden hace caso de flores?

— No lo sé, y á decir verdad me importa muy poco saberlo. Dadme, padre, el dinero, y en nombre de la santa paciencia dejadme partir.

— Aquí está, caballero; veamos si lo perdeis. Volved pronto para que pueda descansar mejor la yegua. ¿Oís?

— Sí, lo he oído, repuso José, y no dudo que lo necesitará.

— Y no gasteis mucho en el *Leon negro*.

— ¿Por qué no me permitís, padre, que lleve algun dinero? dijo José con expresion de tristeza. ¿Por qué me enviáis á Lóndres sin concederme mas que el derecho de pedir en el *Leon negro* una comida que pagareis en el primer viaje, como si no tuviera edad suficiente para disponer de algunos chelines? ¿Por qué me tratais así? Hacedis mal, señor. ¿Creéis que no debo salir nunca del estado de niño?

— ¡Permitirle llevar dinero! exclamó Juan lleno de asombro. ¿Qué entendeis, pues, por dinero? ¿Guineas? ¿No llevais dinero? ¿No llevais un chelin y seis peniques?

— ¡Un chelin y seis peniques! repitió su hijo con desprecio!

— Sí, señor, repuso Juan, un chelin y seis peniques. Cuando tenia vuestra edad, nunca habia visto tanto dinero reunido. El chelin es para atender á los gastos imprevistos, como por ejemplo si la yegua perdiera una de sus herraduras, y os quedan seis peniques para divertiros en Lóndres. Os recomiendo sobre todo que subais á la cúpula del Monumento (1) y descanséis allí un rato. Allí no hay tentaciones, ni mujercuelas, ni malas compañías. Cuando yo tenia vuestra edad, me entretenía en subir al Monumento.

José no dió mas respuesta que una señal con la mano á Hugo para que le sujetase la yegua, y montó con una destreza digna de mejor montura.

Juan permaneció en la puerta contemplándole ó bien contemplando su yegua, porque no tenia bastantes ojos para ella, hasta que su hijo y el animal hacia veinte minutos que habian desaparecido. Entonces principió á pensar que habian partido, y volviendo á entrar lentamente en la casa, se entregó á un apacible adormecimiento.

La infortunada yegua, la agonía de la vida de José, siguió el paso que mejor le pareció hasta que se halló á una distancia respetable del Maypole, y corrigiendo despues su andadura de pronto y espontáneamente, contrajo sus piernas un paso que se hubiera considerado en un espectáculo de titiriteros como una torpe imitación de un pequeño trote. Como conocia á fondo á su jinete y sabia hasta sus secretos, apresuró el paso y le ocurrió además la idea de tomar una senda que se apartaba del camino y conducia, no á Lóndres, sino á las inmediaciones del Maypole, retrocediendo por un sendero paralelo á la carretera, y que terminaba en las tapias de una vasta hacienda en la cual se alzaba el edificio de ladrillos de que hemos hablado en el primer capítulo de nuestra historia. Haciendo alto en un matagal inmediato, la yegua se prestó con el mayor placer á dejar desmontar al jinete que la ató al tronco de un árbol.

— Espera aquí, le dijo José, porque voy á ver si me dan algun encargo.

Y al mismo tiempo la permitió que se recrease con el césped y las yerbas que crecian junto al árbol, y abriendo una verja, entró en la hacienda.

La senda, despues de algunos minutos, le condujo cerca de la casa, y entonces dirigió una mirada investigadora en torno suyo y especialmente hácia cierta ventana.

Era un edificio lúgubre, silencioso, con patios sonoros, con torrecillas desmanteladas ó hileras enteras de aposentos cerrados que amenazaban ruina.

El jardín estaba elevado por medio de un terraplen, y oscurecido por la sombra de los árboles que lo domina-

(1) Columna erigida en memoria del famoso incendio de 1866.

ban, tenia un aspecto triste y melancólico. Grandes puertas de hierro, fuera de uso hacia algunos años, enrojecidas por el orín, se inclinaban sobre sus goznes, y cubiertas de largas yerbas, parecian querer hundirse en el suelo y ocultar su decadencia bajo unos abrojos propicios para su designio. En las paredes esculpidas, los animales fantásticos que las adornaban, enverdecidos por el tiempo y la humedad y cubiertos de musgo, tenían un aspecto doloroso. La parte de la casa que estaba habitada ofrecia tambien una fisonomía sombría, y se experimentaba una impresion penosa ante aquel abandono y aquella lamentable decadencia. Hubiera sido difícil imaginarse un buen fuego en la chimenea de aquellos salones tristes y tenebrosos, ni figurarse alguna alegría del corazón ó alguna fiesta en el recinto de aquellos fúnebres muros. Se veia que en otros tiempos pudo reinar allí la alegría y la animación, pero el placer habia desaparecido para siempre; no era mas que el fantasma de una casa difunta que venia á aparecerse en su antiguo sitio y bajo su antigua forma.

La fisonomía sombría y lúgubre de la Garenne debia sin duda alguna atribuirse en gran parte á la muerte de su dueño anterior y al carácter de su posesor actual; pero cuando se recordaba la leyenda de aquel edificio, se reconocia que tenia un aspecto apropiado á tan sangriento crimen, y que estaba predestinado desde hacia muchos siglos á ser su teatro. Considerado bajo el punto de vista de esta leyenda, el estanque donde se habia encontrado el cadáver del mayordomo parecia tener un tinte negro y sombrío que ningun otro estanque podia reclamar como él; la campana que desde el tejado habia anunciado el asesinato al viento de la noche, era un verdadero fantasma cuyo tañido hacia erizar los cabellos al que lo oía, y cada rama, despojada de hojas ó inclinándose sobre otras ramas, parecia contarles al oído con sordo murmullo los pormenores del crimen.

José se paseó de un extremo á otro del camino, ora parándose y haciendo ver que contemplaba el edificio ó el paisaje, ora apoyándose en un árbol afectando un aspecto de ociosidad indiferente, pero sin apartar un momento la mirada de la ventana. Al cabo de un cuarto de hora, una blanca mano apareció en la ventana y se agitó hácia él, y el jóven hizo entonces un saludo respetuoso, salió de la hacienda y volvió á montar en la yegua diciéndole en voz baja: «No tengo que llevar hoy ningun recado.»

Pero el aire de elegancia y el ramo de flores que habia criticado Juan Willet indicaba algun recado por su propia cuenta, destinado para alguna persona mas interesante que un mercader de vinos y licores ó un herrero.

En efecto, cuando hubo entregado el dinero al mercader que tenia su despacho en unas bodegas profundas cerca de Thames-Street, un viejo de cara tan rubicunda como si toda su vida hubiese sostenido las bóvedas con la cabeza; cuando hubo tomado el recibo y negándose á beber mas de tres vasos de Jerez con grande asombro del rubicundo negociante que habia proyectado destapar veinte barriles al menos y que quedó por decirlo así clavado en la pared de su bodega; finalmente, cuando hubo terminado su frugal comida en el *Leon negro* en Withechapel, despreciando el Monumento y el consejo de Juan, dirigió sus pasos hácia la casa del herrero, atraído por los hermosos ojos de Dorotea Varden.

José no era tímido, pero cuando llegó á la calle donde vivía el herrero, no pudo dirigirse en línea recta hasta la casa. Resolvió primero dar un paseo de cinco minutos á lo largo de la calle, pero perdió mas de media hora, y entonces se armó de valor, y como quien se arroja al agua, penetró en la ahumada tienda con el rostro encendido y el corazón palpitante.

— ¡Juan Willet ó su sombra! dijo Varden levantando la cabeza desde una mesa donde se ocupaba en hacer apuntaciones y mirándole al través de sus anteojos. No hay duda, es José, en carne y hueso. ¡Bien venido, muchacho! ¿Cómo están los tertulios de Chiquwell?

— Buenos como siempre, pero no median entre ellos y yo las mismas relaciones que antes.

— ¡Bien, bien! dijo el herrero. Es preciso tener paciencia, José, y respetar á los viejos. ¿Cómo está la yegua? ¿Anda sus cuatro millas por hora con tanta facilidad como antes? ¡Hola, hola, José! ¿Qué es eso que llevais en la chaqueta? ¿Es un ramo?

— Son unas pobres flores, señor, y creí que Dorotea...

— No, no, dijo Gabriel bajando la voz y moviendo la cabeza; no se las deis á Dorotea. Será mejor que se las regaleis á su madre. Supongo que no tendreis inconveniente en regalarlas á mi mujer.

— ¡Oh! no, señor, respondió José esforzándose con trabajo en disimular su disgusto. Por el contrario, tendré en ello un gran placer.

— Muy bien, dijo el herrero dándole una palmada en el hombro. ¿No es cierto que no os importa que las reciba la madre ó la hija?

— No, señor.

¿Cómo se ahogaron estas palabras en su garganta! ¿Cómo le desgarraron su enamorado corazón!

— Entrad, dijo Gabriel, casualmente acaban de llamarme para tomar el té. Ella está en el comedor.

— ¡Ella! pensó José. ¿Cuál de las dos? ¿La madre ó la hija?

El herrero desvaneció su duda con tanta oportunidad como si hubiera penetrado su pensamiento acompañándole hasta la puerta y diciéndole: «Querida Marta, viene á verte el hijo de M. Willet.»

La señora Varden, que consideraba el Maypole como

un antro diabólico donde se pervertían los maridos, que tenía á sus propietarios, á toda su familia y á todos sus criados como otros tantos enemigos y tentadores de los cristianos, y que creía además que los publicanos de que habla la Sagrada Escritura eran verdaderos poseedores porque tenían casas públicas, no estaba dispuesta á recibir favorablemente al jóven cuya visita le anunciaba su marido. Así pues, á los pocos minutos se desmayó, y cuando José le presentó el ramo de flores, reflexionó que estas malditas flores habían sido la causa de su accidente.

— Me es imposible soportar un minuto más la atmósfera que hay aquí, dijo la sensible herrera, si no quitais estas flores. Dispensadme si las coloco fuera de la ventana.

José la manifestó que no tenía necesidad de darle excusa alguna, y se sonrió tristemente cuando vió sus flores entregadas al abandono y al desprecio.

Nadie sabrá jamás el trabajo que le había costado componer aquel ramo tratado tan indignamente.

— ¡Ah! ¡qué alivio he sentido quitándome de la vista esos flores! dijo la señora Varden. Me encuentro mucho mejor.

Y en efecto, parecía que había recobrado sus sentidos.

José manifestó su gratitud hácia la Providencia por un favor tan precioso, y ni siquiera hizo ver que pensaba donde podía estar Dorotea.

— Sois muy malos en Chiquwell, José, dijo la herrera.

— Señora, ¿por qué nos acusais así?

— Sois las personas de menos reflexion que hay en la tierra, dijo la señora Varden, y me admira que vuestro padre, habiendo sido casado, no sepa conducirse mejor. Sé muy bien que su proceder le es provechoso, pero el interés no es una excusa; preferiría pagar veinte veces más, y que Varden volviese á su casa como debe hacer un hombre sobrio y respetable. Si algún defecto hay en el mundo que me repugne de una manera invencible y más que cualquiera otro, es el de la borrachera.

— Siendo así, querida Marta, dijo el herrero con aire jovial, manda que nos sirvan el té y no hablemos de borrachos. Aquí no hay ninguno, y no creo que á José le interese esta conversacion.

En este momento crítico apareció Miggs con las tostadas.

— A buen seguro que no le interesa mucho, dijo la señora Varden, ni á vos tampoco. Ya veo que es una conversacion nada agradable, que no diré que encierra alusiones personales.

Miggs tosizó.

— No podrás figurarte nunca, Varden, continuó la herrera, y nadie á la edad de José puede naturalmente saber cuánto padece una mujer cuando espera en su casa en tales circunstancias. Si no me creéis, como me lo temo, aquí está Miggs que lo ha presenciado más de una vez. Haced el favor de preguntárselo.

— ¡Oh! estuvo muy mala aquella noche, señor, muy mala, dijo Miggs. Si vuestro dolor no fuera el de un ángel, ama mia, creo que no podríais soportarlo sin morir.

— Miggs, dijo la señora Varden, habeis dicho una blasfemia.

— Perdonad, señora, repuso Miggs con una compuncion lastimosa, no era esa mi intencion, y creo que no es propio de mi carácter, aunque no sea más que una humilde criada.

— Podeis responder, Miggs, sin olvidar el cuidado de vuestra salvacion, replicó su dueña mirando en torno suyo con dignidad. ¿Cómo os atreveis á hablar de ángeles haciendo alusion á miserables pecadores como vos y yo? ¿Qué somos, añadió dirigiendo una mirada á un espejo y arreglándose la cinta de la gorra, qué somos más que gusanos de la tierra?

— No he abrigado nunca, señora, la intencion de ofenderos, dijo Miggs confiando en la fuerza de su cumplido y desarrollando vigorosamente su garganta como de costumbre, y no esperaba que se interpretase así lo que he dicho. Sé que soy muy indigna, y solo tengo odio y desprecio para mí propia y no para mis semejantes, como es deber de todo buen cristiano.

— Tened la bondad si gustais, dijo la herrera con altivez, de subir á ver si Dorotea ha acabado de vestirse, y le advertireis que la silla de mano encargada estará aquí dentro de un minuto, y que si hace esperar á esos hombres, los despediré al instante. Estoy enojada al ver que no probais el té, señor José, ni tú, Varden; pero ya se vé, es muy natural, y es una locura por mi parte suponer que las cosas que se toman en casa y en compañía de señoras tengan el menor atractivo para vosotros.

Este pronombre en plural se dirigía á los dos, aunque ni uno ni otro merecieran tan severa acusacion, porque Gabriel había atacado la cena con un apetito que prometía hacer terribles estragos en el té y en las tostadas, y á José le causaba la compañía de las señoras en casa del herrero, ó al menos de una parte de ellas, tanto placer como era posible inspirar á un hombre en la tierra.

— Pero no tuvo tiempo para defenderse, porque apareció Dorotea en aquel momento y se quedó mudo y con los ojos deslumbrados ante su belleza. Nunca le había parecido Dorotea tan hermosa como entonces, que se hallaba en todo el esplendor y la gracia de la juventud y con todos sus atractivos centuplicados por un traje que le sentaba á las mil maravillas, por las monadas y movimientos de coquetería y por el carmin que imprimiera en sus mejillas la esperanza del baile de aquella noche.

Es imposible explicar cuánto detestaba José aquel baile maldito.

Ella apenas le miró, sí, apenas le miró, y cuando se vió entrar bamboleando por la puerta de la tienda la silla de manos, principió á palmoear y pareció causarle la mayor alegría el marcharse.

Pero José la dió el brazo, lo cual era al menos un consuelo, y la ayudó á subir á la silla.

— ¡Ah! verla sentarse con sus ojos risueños que brillaban más que los diamantes, versu mano (tenia indudablemente la mano más linda del mundo), ver su mano apoyada en el borde del cortinaje de una manera provocadora como si se asombrara de que José no la estrechase ó besase; pensar en el bellissimo efecto que hubieran producido una ó dos de las modestas flores en su delicado talle, en tanto que yacian allí abandonadas en la ventana del comedor; ver como la contemplaba Miggs con una cara en la que se podía leer que á ella no la seducía toda aquella gracia prestada, y que estaba en el secreto de cada lazada, de cada alfiler, de cada corchete, mientras parecía que Dorotea decía: «Todo esto, caballero, que no es ni de una mitad tan real como creéis, pero no tendría necesidad de todo esto para ser más linda aun si me empeñara;» oír en fin aquel pequeño y gracioso grito de terror provocante cuando se alzó la silla sobre sus pértigas, y gozar de la vision, vision fugitiva pero eterna, del rostro encantador que iba dentro, ¡qué tormentos, qué amargos sufrimientos, y sin embargo, qué delicias! Los mismos hombres que llevaban la silla parecieron á sus celosos ojos rivales favorecidos cuando les vió salir á la calle con ella.

Nunca se había verificado en un sitio tan reducido y en tan breve espacio de tiempo un cambio tan completo como el que se observó en el comedor cuando volvieron á terminar la cena. José creía que era una necesidad estarse allí tranquilamente sentado mientras ella se hallaba en el baile con un número incalculable de amantes que en torno suyo revoloteaban, la adoraban, y querían pedirle en masa por esposa.

La realidad más espantosa se apareció ante sus ojos cuando solo vió á Miggs en torno de la mesa, y el hecho de su existencia, el fenómeno de que hubiera podido nacer, le parecía, comparándola con Dorotea, una burla inexplicable y sin objeto. ¡Miggs en vez de Dorotea!

Así pues, le era imposible hablar por más esfuerzos que hacia, y solo tenía fuerzas para agitar el té con la cucharilla y con la persistencia de una mano de autómatas, mientras saboreaba todas las fascinaciones de la amable hija del herrero.

Gabriel estaba tambien taciturno, y como ya saben los lectores que uno de los caracteres del genio voluble de la señora Varden era estar alegre cuando veia tristes á los demás, la herrera dijo con una graciosa sonrisa:

— Es para mí una verdadera dicha conservar siempre mi buen humor, y extraño por cierto que en medio de mis disgustos pueda estar un momento alegre.

— ¡Ah! señora, dijo Miggs suspirando, perdonad si os interrumpo, pero hay pocas mujeres como vos en el mundo.

— Llévate todo esto, Miggs, dijo la herrera levantándose; veo que solo sirvo aquí de estorbo, y como deseo que cada cual se divierta á su modo, lo mejor que puedo hacer es retirarme.

— No, no, Marta, dijo el herrero. No te retires; tendríamos un disgusto en que te marcharas. ¿No es verdad, José?

José se estremeció y dijo:

— Ciertamente.

— Gracias, querido Varden, dijo su mujer, pero sé vuestro modo de divertiros, y que el tabaco, la cerveza y los licores tienen seducciones para vosotros superiores á la compañía de una señora. Me retiro, subiré á mi cuarto y me sentaré junto á la ventana. Señor José, he tenido un placer en veros, y siento únicamente no haber podido ofreceros un obsequio más adecuado á vuestro gusto y á vuestro carácter. Saludad de mi parte afectuosamente al señor Willet y decidle que cuando venga por aquí, tenemos que hablar largo rato. ¡Buenas noches!

Después de pronunciar estas palabras con extremada amabilidad, la buena herrera hizo un solemne saludo y se retiró con majestuoso talante.

¿Para esto había esperado, pues, José, el 25 de marzo durante tantas semanas, había cogido flores con tanto cuidado y se había puesto el traje nuevo? ¿En esto había parado su atrevida resolucion, tomada por centésima vez, de hacer una declaracion á Dorotea y decirle que la amaba? ¡Verla un minuto, nada más que un minuto, y alegre porque se iba, y ser tratado por su madre de malvado, de pervertido y de borracho!

Se despidió del herrero, y se apresuró á ir á buscar su yegua al *Leon negro*.

Cuando salió de Lóndres, y se halló en la desierta carretera, pensaba, como muchos otros Josés lo habían pensado antes y pensaron después, que eran vanas todas sus esperanzas, que iba en pos de un imposible, que Dorotea se acordaba de él como si no existiera, que era desgraciado para toda la vida, y que el único porvenir que le reservaba su suerte era sentar plaza de soldado ó de marino y encontrar algun enemigo bastante complaciente que le traspasase el cráneo de un balazo.

XIV.

José Willet dejó á la yegua seguir el paso que se le

antojase, y en medio de su desesperacion, se representaba á la hija del herrero bailando interminables contradanzas con atrevidos amantes, cuando oyó detrás trote de un caballo.

Habiendo vucito la cabeza, vió á un jinete vestido con elegancia y curiosamente montado.

El desconocido detuvo el caballo al pasar y le llamó por su nombre.

José espoleó la yegua y se puso al lado del jinete.

— Me he figurado que erais vos, dijo quitándose el sombrero. ¡Hermoda noche! Me alegro de que hayais podido aprovecharla.

El caballero se sonrió, y dándole las gracias con una inclinacion de cabeza, le dijo:

— ¿Cómo habeis empleado el dia? ¿Habeis aprovechado el tiempo, José? ¿Ella es tan linda y tan amable como siempre? No hay por qué poneros colorado por eso, feliz amante.

— No me hace poner colorado eso, señor Eduardo, respondió José, sino el pensar que he sido un loco abrigando la más leve esperanza. Tan lejos está ella de amar-me como yo de tocar el cielo con las manos.

— No creo que esteis tan lejos, dijo Eduardo con buen humor.

— ¡Ah! dijo José suspirando. ¡Es tan fácil bromear cuando no se tiene pesar alguno! Pero hablo formalmente, no me ama... ni siquiera piensa en mí. ¿Vais acaso al Maypole?

— Sí; como no he recobrado aun todas mis fuerzas, me detendré esta noche en vuestra casa, y mañana regresaré á Lóndres temprano.

— Si no vais de prisa, dijo José tras un breve silencio, si podeis sufrir el paso de esta pobre yegua, tendré un placer en acompañaros hasta la Garenne y ayudoos á bajar del caballo. Esto os ahorrará el cansancio de ir á pié al Maypole. Puedo detenerme todo el tiempo necesario, porque he salido de Lóndres antes de lo que tenía calculado.

— Y yo tambien, repuso Eduardo, aunque sin advertirlo iba al trote cuando os he alcanzado, siguiendo, según supongo, el curso de mis pensamientos que corrian la posta. Iré gustoso con vos, José, al paso de vuestra yegua, y será más agradable el camino. ¡Animo! pensad en la hija del herrero con corazon resuelto y llegareis á conquistarla.

José movió la cabeza, pero habia en el tono de estas palabras llenas de ardor y esperanza una expresion tan consoladora, que el desdeñado amante salió de su abatimiento, y hasta la yegua pareció animarse, pues dejó su paso modesto, y emprendiendo un trote bastante vivo, rivalizó en agilidad con el caballo de Eduardo Chester; hubiérase dicho que se lisonjeara de que el corcel hacia esfuerzos para seguirla.

Era una hermosa noche; el cielo estaba despejado, y la luz de la luna nueva, que precisamente asomaba en aquel momento, esparcia en torno suyo esa paz y esa tranquilidad que dan á la noche su más delicioso encanto. Las largas sombras de los árboles, oscurecidas como si se reflejasen en una agua inmóvil, extendian su alfombra sobre el camino que seguian nuestros viajeros, y la leve brisa soplabá con más blandura que antes como para abanicar tan solo á la naturaleza en su sueño.

Poco á poco cesaron de hablar y siguieron andando uno al lado del otro en agradable silencio.

— El Maypole está iluminado esta noche de una manera brillante, dijo Eduardo cuando pasaron á lo largo de la calle de árboles desde donde se descubria la venta al través de las desnudas ramas.

— Brillante en efecto, señor, respondió José alzándose sobre los estribos para ver mejor. Hay luces en el gran salon, y han encendido la chimenea del primer piso. ¡Me asombra! ¿Qué huésped tendremos en casa?

— Algun caballero que iba á Lóndres, y que habiendo oido contar la historia maravillosa de mi amigo el ladron, se habrá decidido á pasar la noche en el meson.

— Y debe ser una persona de importancia cuando le dan la mejor habitacion y vuestra propia cama.

— No importa, José. Me arreglaré en cualquier otro cuarto. Pero ya dan las nueve. Apresuremos el paso.

Y emprendieron un trote bastante vivo que pudo sostener la pobre yegua, y se pararon en el matorral donde José había dejado por la mañana su montura.

Eduardo desmontó, entregó la rienda á su compañero y se dirigió con paso ligero hácia la casa.

Una criada esperaba en una puerta lateral de la tapia del jardin y le introdujo sin vacilar. El jóven se precipitó á lo largo de la calle de árboles, y subió como una flecha á un anejo vestíbulo que conducía á una sala antigua y sombría, cuyas paredes estaban adornadas con panoplias cubiertas de orin, de astas de ciervo, de instrumentos de caza y de otros objetos de la misma clase. Hizo entonces una pausa, pero no fué larga, porque en el momento que miraba en torno suyo, como si hubiera pensado que la criada le seguia y se asombrara de que no lo hubiese hecho, apareció una hermosa jóven cuya cabeza de negros cabellos se apoyó muy pronto sobre su pecho.

Casi al mismo tiempo una pesada mano asió del brazo á la jóven, y Eduardo vió á su lado á M. Haredale.

Este clavó en el jóven su severa mirada sin quitarse el sombrero, y mientras con una mano apretaba el brazo de su sobrina, con la otra, en la que llevaba el látigo de montar, indicó la puerta á Eduardo, el cual le miró tambien fijamente con actitud altiva.

— Es una heroica hazaña, caballero, el corromper mis criadas y entrar en mi casa sin llamar y clandes-

tinamente como un ladrón, dijo M. Haredale. Salid de aquí, caballero, y no volvais jamás.

— La presencia de la señorita Haredale, repuso Eduardo, y el parentesco que os une á ella os dan un derecho del cual no abusareis si sois noble y caballero. Vos me habeis obligado á estas entrevistas secretas, y la culpa es vuestra.

— Basta pues; retiraros.

— No es generoso ni digno, no es propio de un caballero honrado hacer el papel de espía, caballero. Las casualidades me han permitido veros cruzar la puerta, y os he seguido. Hubiérais podido oirme llamar cuando entré, si hubiérais tenido el paso menos ligero ó si os hubiérais detenido en el jardín. Hacedme el favor de retiraros. Vuestra presencia es aquí ofensiva para mí y penosa para mi sobrina.

— Encontrareis, dijo M. Haredale con tono tranquilo, vuestro fiel confidente que os espera en la parte por la cual habeis entrado. No he hecho el papel de espía, caballero. La casualidad me ha permitido veros cruzar la puerta, y os he seguido. Hubiérais podido oirme llamar cuando entré, si hubiérais tenido el paso menos ligero ó si os hubiérais detenido en el jardín. Hacedme el favor de retiraros. Vuestra presencia es aquí ofensiva para mí y penosa para mi sobrina.

Y al pronunciar estas palabras, pasó el brazo en torno del talle de la joven aterrada y bañada en llanto para atraerla más hácia él, y aunque no se hubiese alterado la severidad habitual de sus maneras, se veía sin embargo en su expresion la ternura y la simpatía que le inspiraba el dolor de Emma.

— Señor Haredale, dijo Eduardo, rodeais con vuestro brazo á la mujer en quien he puesto todas mis esperanzas y pensamientos, y por la cual sacrificaría con gusto mi vida si con ella pudiera darle un minuto de felicidad; esta casa es el cofrecillo que encierra la joya más preciosa de mi existencia. Vuestra sobrina ha jurado amarme y yo he jurado amarla. ¿Qué he hecho yo para que me tengais en tan poco aprecio y me dirijais palabras tan descorteses?

— Habeis hecho, caballero, dijo Haredale, lo que es forzoso deshacer; habeis formado un lazo de amor que es preciso cortar. Repito que es forzoso. Anulo pues vuestros juramentos, y os rechazo á vos y á todos los de vuestra familia por falsos, hipócritas y sin corazón.

— ¡Me insultais, caballero! dijo Eduardo con desden.

— No, mis palabras son formales é hijas de la reflexión, y pronto vereis su efecto. Grabadlas en el corazón.

— Grabad, pues, estas en el vuestro, dijo Eduardo. Vuestro carácter frío y severo que hiela todos los pechos en torno vuestro, que cambia el afecto en temor y el deber en miedo, nos ha reducido á estas relaciones clandestinas, que repugnan á nuestros deseos y nos son más dolorosas que á vos. No soy un hombre falso, hipócrita y sin corazón, y lo sois más bien vos que aventurais miserablemente esas injuriosas expresiones á despecho de la verdad y bajo el abrigo de los sentimientos que antes os he expresado. No anulareis nuestro juramento; confio en la lealtad y el honor de vuestra sobrina, y desafío vuestra influencia. Me separo de Emma lleno de confianza en su fe pura que nunca llegareis á doblegar, y no abrigo más pesar que el de no dejarla entregada á cuidados más dignos de ella.

Y Eduardo se retiró después de aplicar sus labios á la mano fría de Emma y de volver á cruzar su mirada firme con la severa mirada de Haredale.

Algunas palabras á José al montar á caballo le explicaron suficientemente lo que había sucedido, renovaron toda la desesperación de este joven é hicieron su pena diez veces más abrumadora. Continuaron ambos su camino hácia el Maypole sin pronunciar una palabra, y



Samson, artista del Teatro Francés.

Hegaron á la puerta cada cual con su peso en el corazón.

El viejo Juan, que había acechado por detrás de la cortina encarnada cuando nuestros jinetes llamaron á Hugo, salió en seguida y dijo á Eduardo con aire de importancia mientras le tenía el estribo:

— Está acostado en la mejor cama. Es todo un caballero, el más afable, el más risueño caballero que he tratado en toda mi vida.

— ¿Y quién es ese caballero? dijo Eduardo con indiferencia mientras desmontaba.

(Se continuará.)

Samson,

ARTISTA DEL TEATRO FRANCÉS.

El célebre actor Samson ha muerto en Passy el viernes último á la edad de setenta y ocho años. Aunque no hacia largo tiempo que se había retirado del teatro, el público se ha mostrado con él bastante olvidadizo; se parece al Tiempo de que habla tan poéticamente Shakespeare.

« El tiempo, querido señor, lleva á la espalda una alforja en la que va arrojando las limosnas que recibe

para el olvido, que es un gigante, monstruo de ingratitude. Haber hecho, es haber pasado de moda, es quedarse en un rincón, como una cota de armas enmohecida en una decoración grotesca. El tiempo es ese huésped del gran mundo que estrecha friamente la mano al amigo que se despide y que con los brazos extendidos, como si fuera á volar, espera al recién llegado. »

Samson no había tenido que sufrir en su retiro esas ingratitudees tan crueles para el corazón de un artista, y el respeto que le profesaban sus compañeros mantenía su incontestable superioridad en el Teatro Francés. Aplaudido en las tablas durante más de medio siglo, Samson fué un gran cómico en toda la acepción de la palabra. Siempre se vió la misma seguridad, la misma finura en la interpretación de los personajes de su inmenso repertorio, que no abraza menos de trescientos papeles; y sin embargo, ¡qué de diferencias y cuántas trasformaciones de Molière á Beaumarchais, de Marivaux á M. Scribe, de Picard á Alfredo de Musset!

El talento flexible de Samson se prestaba á todos los tonos de los maestros del teatro, como esa mariposa que toma el color de la planta sobre la cual vive. Lejos de detenerse en sus primeros años de trabajo y de triunfo, Samson maravillosamente dotado para un arte que estudiaba más y más cada día, vió crecer su legítima fama. Su carrera dramática concluyó con el papel del marqués de la Seiglière que fué, digámoslo así, su triunfo supremo.

Samson personificó el marqués de la Seiglière con tal verdad, le dió un relieve tan acentuado y poderoso, que el más osado de los cómicos actuales no se atrevería á desempeñarle, con la esperanza de hacer olvidar á semejante predecesor. Es un recuerdo que no puede borrarse mientras viva la generación presente. *Bertrand et Raton*, *la Camaraderie* y otros muchos papeles afirmaron veinte y cinco años antes la superioridad de Samson.

Autor dramático muy aplaudido en *la Belle mere et le gendre* y en *la Famille Poisson*, Samson ha compuesto también un buen tratado en verso sobre el arte teatral. Por último, nombrado profesor del Conservatorio en 1829, ha sacado numerosos y brillantes discípulos. De ese grupo han salido los astros más luminosos del Teatro Francés, Mlle. Rachel y Mlle. Brohan.

G.

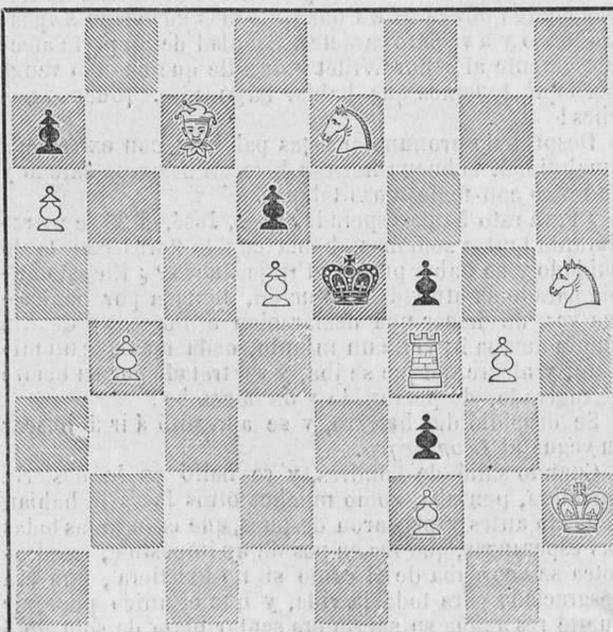
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 334.

- | | | |
|---|---------------|--------|
| 1 | C 4ª TRª | R 5ª R |
| 2 | C 3ª ARª | R 4ª A |
| 3 | A 4ª Ra | ? |
| 4 | C jaque-mate. | |

PROBLEMA NÚMERO 335, POR M. R. B. WORMALD.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.